CONQUISTA ESPACIO



CIBERNAUTA

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

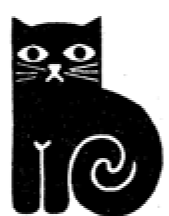
CONQUISTA ESPACIO

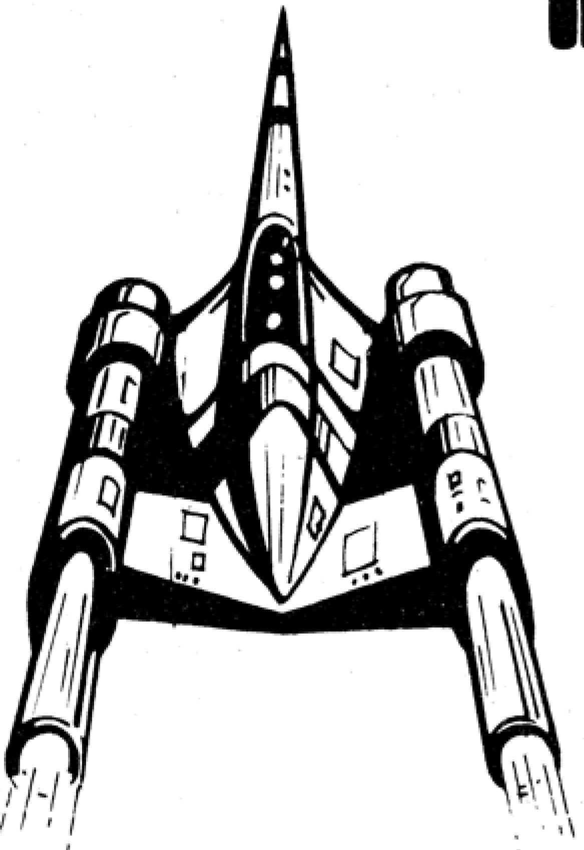


CIBERNAUTA

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

687 — *La criatura de la Luna* — Lem Ryan

688 — *El planeta maldito* — Clark Carrados

689 — *Planeta rebelde* — Ralph Barby

690 — *Frontera espacial* — Law Space

691 — *Trampa galáctica* — Joseph Berna

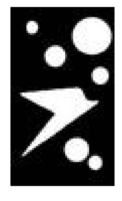
CURTIS GARLAND

CIBERNAUTA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 692

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.462 -1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: diciembre, 1983

2.ª edición en América: junio, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo

que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

La recepción del mensaje en la Central de Investigación Internacional e Interespacial fue perfecta. No tenía por qué ser de otro modo.

Los canales abiertos a toda comunicación entre los diversos países, continentes o planetas colonizados, sin olvidar los asteroides y satélites artificiales o las estaciones aprovisionadoras establecidas en el espacio exterior terrestre, siempre funcionaban con la misma fría y eficiente perfección. Era como un juego de niños para una sociedad supercivilizada y supertecnificada.

Así, para las escuchas automáticas que procedían a la recepción y registro de mensajes, así como para los traductores electrónicos de textos y los «lectores» de codificación espacial, aquel mensaje fue uno de tantos como se recibían cada día incluso cada hora en la Central.

Su texto fue recibido, registrado, traducido y transmitido de inmediato a su departamento correspondiente de destino a través de los cauces habituales.

Su único elemento que podía haber sido catalogado como «especial», era el hecho de llevar el indicativo de «máxima prioridad y urgencia absoluta». Pero raro era el mensaje de la Central que no llevara esa condición previa cuando llegaba a la terminal correspondiente.

Tal vez por ello, y pese a que las computadoras estaban programadas perfectamente para cumplir esa misión específica de clasificar los mensajes recibidos conforme a su urgencia y prioridad, el factor humano intervino en el hecho y, por simple rutina o por descuido, el mensaje no pasó a las manos adecuadas hasta bastante después de lo que sus recomendaciones de urgencia exigían.

Tal vez ello no influyó demasiado en el asunto, ni las cosas hubiesen sido de otro modo de haber discurrido las cosas por distinto cauce. Pero así sucedió, y el mayor Danvers siempre se culpó un poco de ello, preguntándose si todo hubiese sido diferente de haberse dado al texto la prioridad adecuada.

Lo cierto es que apenas echó una ojeada de indiferencia al mensaje depositado en su mesa por un empleado indolente, pegó un respingo, lanzó una sorda imprecación y ordenó de modo tajante que

el empleado en cuestión fuese dado de baja en su actual puesto, para pasar a ocupar uno inferior, y bastante más ingrato, en el Departamento de Archivos Electromagnéticos. El hombre palideció, se maldijo a sí mismo por su negligencia y tuvo que emprender una discreta retirada, temeroso de que el estallido de cólera de su jefe no le causara males mayores.

El mensaje quedó sobre la mesa, mientras el mayor Danvers pulsaba los botones de sus diversos videófonos, para llamar con el máximo apremio a las patrullas de servicio, a los cuerpos de seguridad y a las unidades de rescate.

El texto escrito en aquel papel plástico por la computadora, era breve y preciso, una vez procesados los datos codificados por la máquina correspondiente.

He encontrado rastro cierto. Estoy cerca del asesino. Me dispongo a arrestarlo sea como sea. A ser posible, envíen refuerzos a la Zona B-7, Sector DK-124, con la mayor prontitud. Creo que el caso esté virtualmente resuelto.

Agente de Búsqueda Alfa-233.

Las patrullas policiales salieron de inmediato hacia el destino marcado por las zonas y sectores aludidos por el agente Alfa-233. Pero ya era tarde.

La Zona B-7, Sector DK-124 de la Carta Espacial correspondía a un grupo de satélites artificiales orbitales, y a la Estación Observadora Centuria 666. Las naves de la flotilla policial alcanzaron la región en escaso margen de tiempo, haciendo destellar en la negra noche espacial sus potentes reflectores.

Vibraciones ultrasónicas especiales, capaces de propagarse en el vacío mediante nuevas técnicas de sonido proyectado, altamente sensible a las personas y a los paneles de control de las estaciones orbitales, señalaban su vertiginoso paso por las zonas frecuentadas por los cruceros regulares, evitando así el riesgo de alguna posible colisión.

Cuando llegaron a la Estación Centuria 666, todo había ocurrido ya. Se les notificó, a través de los videófonos del Canal 000, exclusivo de la policía y fuerzas del orden, que el agente de la Central de

Investigación Internacional e Interespacial, la conocida y eficaz IIIC, Alfa-233, había muerto.

—¡No es posible! —objetó, alarmado, el jefe de la flotilla policial —. Acabamos de recibir el mensaje suyo en la Central…

—Pues llegó con retraso, sin duda alguna —fue la respuesta—. Ese agente suyo ha sido asesinado hace más de tres horas…

Fue la primera y desgraciada confirmación de que los temores del mayor Danvers se habían cumplido rigurosamente. Aquel retraso en la llegada del mensaje había causado una consecuencia irreparable: la muerte de un hombre.

Cuando ese hombre era un miembro de la IIIC, la cosa era aún más grave. Pero si ese miembro de la Central era, asimismo, un componente del Grupo Especial Alfa, y por añadidura se trataba del número 233, la cosa revestía ya caracteres de catástrofe.

Furioso, apenas se hubo enterado de la triste nueva por medio de un informe de máxima urgencia, dispuso que el empleado sancionado fuera también apartado de Archivos Electromagnéticos y pasara directamente como obrero de clase inferior a los talleres de montajes robóticos, uno de los lugares de trabajo más incómodos, laborioso y mal retribuido. Si ponía alguna objeción, debería ser despedido de inmediato y se le controlaría el ritmo de trabajo exhaustivamente, pudiendo ser dado de baja definitiva a su segunda falta.

Pero todo eso no era más que un desahogo, a fin de cuentas, para castigar un imperdonable error. El mayor Danvers no se sentía nada feliz después de aplicar ese duro correctivo a su empleado. Porque ni eso ni ninguna otra cosa podría ya devolverle la vida al Agente de Búsqueda Alfa-233.

Y ese agente, para el mayor Danvers, además de un subordinado suyo de primera fila… había sido también un amigo. Un amigo, llamado simplemente Ray Neville.

* * *

—Ray Neville… ¡Muerto!

—Así es, Sheena, así es. He solicitado el envío de su cadáver a la Tierra. Estará ya en camino.

—Dios mío… —Sheena Landis, de la Sección de Personal de la Central, dominó con dificultades un sollozo. Su jefe vio cómo se le

humedecían los ojos, y se dijo que sin duda Ray había sido para ella algo más que un número codificado de la computadora.

—Por desgracia, llegamos tarde —se quejó amargamente el mayor Danvers—. Le habían matado cuando acudimos en su ayuda.

—Asesinado... ¿Por quién? —los grandes ojos azules de la funcionaría se clavaron angustiados en su jefe.

—No se sabe nada. Ni siquiera qué es lo que se sabía cuando le mataron. Pero no hay duda que estaba sobre la pista de Warlak.

—¡Warlak! —repitió ella, horrorizada—. ¿El pirata?

—Eso es. Pirata, asesino y muchas cosas más —resopló amargamente Danvers—. Pero para nosotros, un perfecto enigma todavía. Un nombre y poco más. Nunca un rostro, una identidad real. Nada. Sólo un nombre que no dice nada, porque ni siquiera es el suyo propio, y una larga lista de fechorías, de crímenes, a la que ahora hay que añadir, por desgracia, el nombre de Ray Neville...

—De modo que Warlak no es su verdadero nombre...

—¡Cielos, claro que no! Se le conoce por él, pero siempre va enmascarado, cubierto el rostro por una máscara metálica, lo mismo que protege su cuerpo por una malla de *vitronio* opaco. Ello le hace invulnerable a las descargas de las armas convencionales. Y oculta su rostro e identidad a todo el mundo. Creo que ni siquiera sus esbirros, asesinos reclutados en los peores lugares de la Tierra y sus Colonias, así como entre losreclusos evadidos de las penitenciarías espaciales, conocen a la persona que se oculta bajo la máscara de negro metal y el nombre ficticio de Warlak.

—Tal vez Ray llegó a saberlo...

—Tal vez, Sheena. Y eso le costó la vida, maldita sea. ¡Si ese condenado empleado mío no hubiera tenido la cabeza a pájaros cuando llegó su mensaje por el canal de máxima urgencia...!

—Ahora ya no vale de nada lamentarse, mayor. Hay que aceptar los hechos tal como son, por mucho que nos duela a todos.

—Así es. He encargado al jefe de la Estación Observadora Centuria 666 que enviase el cadáver en una nave hibernadora, sin proceder a la electroautopsia correspondiente. Prefiero que su cuerpo sea examinado por nuestros propios expertos, en el Departamento de Biotecnia, para determinar las causas de su muerte. No me fío de los médicos y científicos de esas Estaciones. Muchas veces son gente

demasiado joven y atolondrada.

—Pero la policía de la Estación Observadora sabrá que ha muerto Ray…

—El jefe de la Estación, el subgobernador Klein, me ha notificado que, provisionalmente, sus expertos dictaminaron fallecimiento por proyección de rayos infratérmicos contra su cerebro. Dicen que debió morir en el acto, sin sufrir apenas.

—Un arma infratérmica es muy sofisticada, mayor…

—Warlak es sofisticado todo él, maldito sea —farfulló Danvers malhumorado—. Posee el más moderno material para destruir y asesinar. Recuerde que expolió no hace aún seis meses los arsenales del Asteroide Militar Aníbal-2. Allí se guardaban las armas más sofisticadas y modernas de la Confederación Espacial.

—¿No era por entonces el subgobernador Klein el jefe de ese asteroide, mayor? —preguntó la joven funcionaría con suspicaz expresión.

—Creo recordar que sí —Danvers arrugó el ceño—. Pero en su situación se hallan varios más. Eso no significa gran cosa, Sheena. Compruebe a través de su computadora cuántas personas de las que ahora residen en Centuria-666 estuvieron hace medio año en Aníbal-2.

Ella asintió, inclinándose sobre su máquina electrónica. Allí estaban almacenados los datos personales, profesionales y técnicos, humanos y estadísticos, de todo el personal de la Confederación virtualmente. Millares, millones de fichas casi, se almacenaban dentro de la computadora de Sheena Landis.

Los dedos femeninos pulsaron las teclas con rapidez y eficacia. Zumbó el mecanismo, haciendo de inmediato su selección. Ambos miraron a la pantalla. Comenzaron a surgir líneas escritas en verde.

*Subgobernador**LESTER KLEIN**.*

***IVY KLEIN**, hijo del anterior.*

*Capitán **NEIL FRASER**. Seguridad y Orden.*

***DEREK QUAYLE**. Comunicaciones.*

***SIGRID VAN RYJK**. Cirugía Espacial y Biomedicina Cósmica.*

Terminó el trazado de letras fluorescentes en la pantalla. Ambos se miraron.

—Cuatro hombres y dos mujeres —comentó Danvers, encogiéndose de hombros—. Y ni siquiera el hecho de que estuvieran antes en el asteroide robado y ahora donde mataron a Ray, es motivo para acusarlesde nada, ni siquiera para sospechar de ellos. Aparentemente, el asalto a Aníbal-2 procedió del exterior.

—Pero tal vez hubo ayuda o complicidad interior por parte de alguno. No hay duda de que Ray investigaba algo en la Estación, ¿no?

—Sí, pero no llegó a comunicarlo. Y ahora no sabemos nada en absoluto sobre el cauce de sus pesquisas. Sólo podemos hacer deducciones, teorizar.

—Pero supongo que se investigará a fondo a esas seis personas, ¿no?

—Claro, Sheena. Conozco mi trabajo. A partir del momento en que mataron a Ray, todas las personas que se alojan en esa Estación están siendo objeto de una investigación exhaustiva y profunda. No vamos a descuidarla ni un momento, se lo aseguro. Pero mucho me temo que eso no nos conduzca de inmediato a resultados positivo alguno, mi querida amiga.

Y moviendo la cabeza pesaroso, encaminóse lentamente a la salida de la sección de Personal de la Central de Investigaciones.

Sheena, pensativa, contemplaba fijamente la pantalla de la computadora, con su fría lista de seis nombres. Tras un momento de indecisión, comenzó a solicitar de la «memoria» de su máquina los datos completos que existieran, relativos a aquellas seis personas que habían coincidido en el Asteroide Militar Aníbal-2, cuando fue robado con su arsenal ultramoderno por el pirata y asesino de la máscara de acero, Warlak, y en la Estación Observadora Centuria-666 cuando fue asesinado el agente encargado de buscar y capturar, vivo o muerto, al temido forajido.

La pantalla comenzó a llenarse de datos, que ella fue estudiando en silencio, con mirada abstraída y grave expresión. De inmediato, cada información pasó a una ficha individual que Sheena imprimió y separó, hasta reunir la media docena completa de ellas.

CAPÍTULO II

La nave hibernadora se posó suavemente en el cosmódromo de la ciudad. Una ambulancia aérea, provista también de cámara hibernadora, esperaba al pie del vehículo espacial. Recogió el envoltorio plástico que contenía el cuerpo de Ray Neville sometido a una temperatura de cuatrocientos grados bajo cero. Y emprendió la marcha velozmente, por encima de la urbe, en dirección al Centro Hospitalario del Estado, dependiente de la Confederación. Apenas ingresado allí, fue descendido en un turboascensor vertiginoso hasta la planta 05, el más profundo y desconocido sótano del edificio sanitario, donde la Agencia de Investigación Internacional e Interespacial tenía sus instalaciones clínicas, únicamente atendidas por personal especializado de la propia Central. Incluso el personal médico del Centro tenía absolutamente prohibido el acceso a aquel profundo nivel del subsuelo, salvo cuando sus servicios eran requeridos y le suministraban un pase electrónico especial.

Ray Neville, en estado de hibernación total, pasó a los laboratorios de técnicas médicas, para su examen minucioso bajo la extra sensible percepción de las computadoras de análisis y diagnóstico. El cadáver desapareció, siempre dentro de su cápsula hermética de plástico, sometido interiormente a bajísimas temperaturas en los recovecos internos de la gigantesca máquina sanitaria, que empezó a actuar con su glacial funcionalidad de costumbre.

Y comenzó el proceso de examen del difunto, para determinar sin lugar a dudas las causas de su muerte en un nuevo concepto de autopsia que para nada alteraba ni dañaba el cuerpo humano y sus tejidos.

Una interconexión directa entre el despacho del mayor Danvers, jefe del Departamento de Búsqueda de la Central, permitió a éste asistir de forma inmediata a la aparición de los datos analizados, en su propia pantalla terminal, a medida que se producían los resultado en la máquina de allá abajo.

Comenzó a leer, ceñudo, en la pantalla electrónica:

«Muerte clínica producida por descarga de arma de rayos infratérmicos, que produjo la parálisis completa del cerebro y el destrozo de numerosos tejidos y vísceras de su organismo. Aunque

mentalmente hubiera sobrevivido a la descarga, físicamente estaría incapacitado para sobrevivir, ya que órganos vitales y miembros decisivos de su cuerpo han sufrido daños irreversibles

»Existen indicios de que la víctima logró congelar su cerebro en el momento del ataque, mediante una dosis masiva de *hibernicina,* pero aun con ello, no existen reacciones visibles a los estímulos cerebrales efectuados por la máquina, por lo cual puede dictaminarse, sin lugar a error, que la muerte clínica del examinado es total e irreversible, a causa de la acción destructora de células de los rayos infratérmicos dirigidos contra él.

»En resumen; diagnóstico de esta autopsia, definitivo. La víctima murió violentamente, a causa del disparo de un arma infratérmica dirigida contra ella.»

Danvers resopló, echándose atrás con gesto abatido.

—Lo que me temía —refunfuñó con amargura—. Si al menos hubiera tenido eficacia la *hibernicina,* la congelación de su cerebro hubiese permitido sobrevivir a sus células y evitar la muerte total... Por desgracia, ya no tiene remedio. Sólo queda enterrarle de inmediato. Daré orden para que se lleven a cabo sus exequias rápidamente. Y encargaré a otro agente de su misión..., aunque dudo mucho de que donde falló Ray pueda triunfar ningún otro.

Se inclinó sobre el videófono y comenzó a dar las órdenes pertinentes a su interlocutor, asomado a la pantalla estereoscópica de su aparato de comunicación.

* * *

El doctor Yordan movió la cabeza, examinando el gráfico y los informes en su pantalla. Lanzó un suspiro, ensombrecido el rostro. Sus ojos oscuros y penetrantes tuvieron un brillo de cólera, seguido luego por la sombra del dolor.

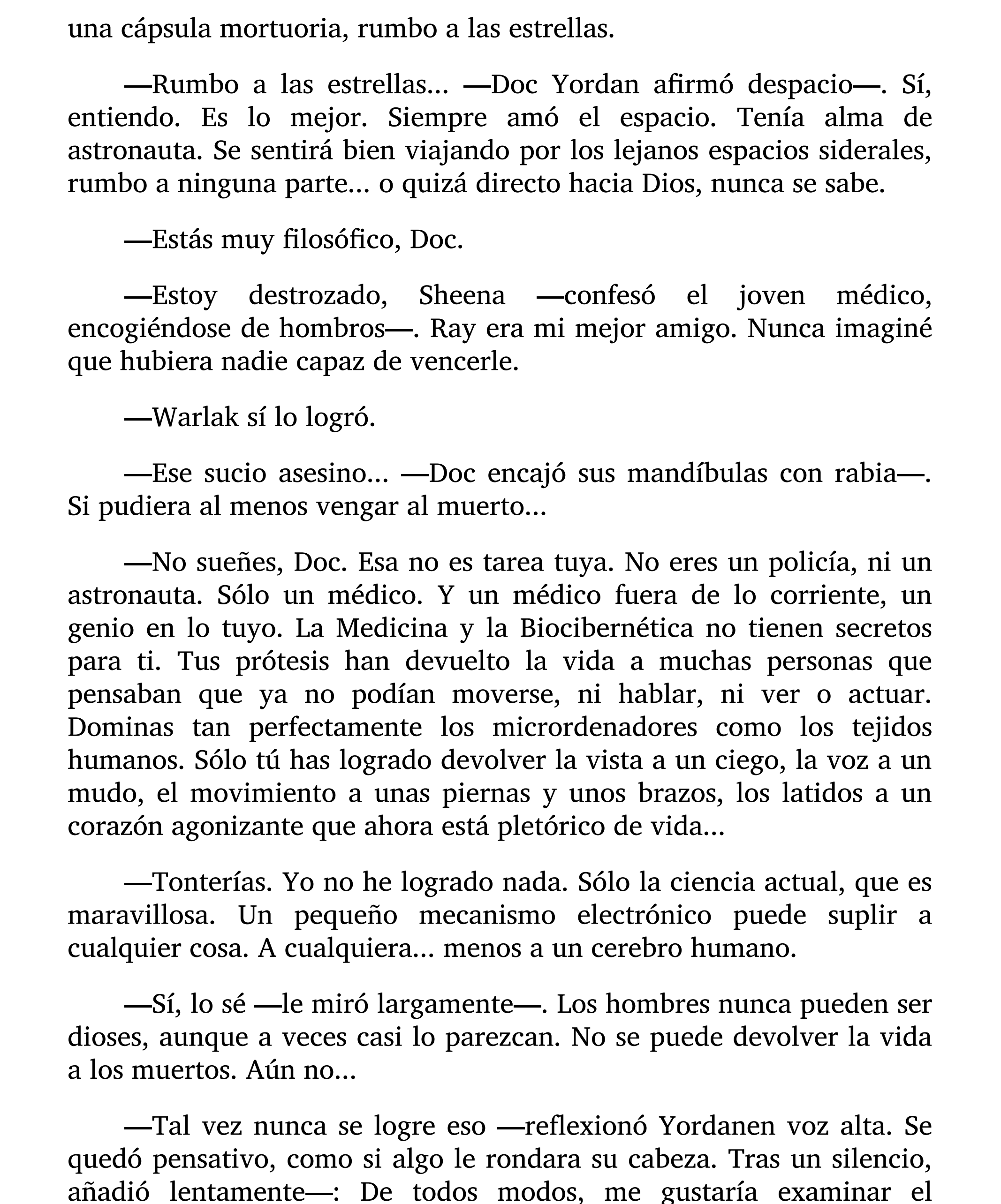
—Comprendo —dijo—. Pobre Ray, amigo mío. Tan lleno de vida, tan seguro de sí mismo..., y ya no existe.

Sheena asintió, conteniendo un sollozo que hizo temblar su voz.

—El funeral será mañana al amanecer —dijo—. ¿Vas a asistir?

—Por supuesto. ¿Han decidido la forma de sepultarle?

—No habrá sepultura, Doc. Ya sabes cómo era Ray. Dejó escrito que si alguna vez perdía la vida en su tarea, se le enviase al espacio en



una cápsula mortuoria, rumbo a las estrellas.

—Rumbo a las estrellas... —Doc Yordan afirmó despacio—. Sí, entiendo. Es lo mejor. Siempre amó el espacio. Tenía alma de astronauta. Se sentirá bien viajando por los lejanos espacios siderales, rumbo a ninguna parte... o quizá directo hacia Dios, nunca se sabe.

—Estás muy filosófico, Doc.

—Estoy destrozado, Sheena —confesó el joven médico, encogiéndose de hombros—. Ray era mi mejor amigo. Nunca imaginé que hubiera nadie capaz de vencerle.

—Warlak sí lo logró.

—Ese sucio asesino... —Doc encajó sus mandíbulas con rabia—. Si pudiera al menos vengar al muerto...

—No sueñes, Doc. Esa no es tarea tuya. No eres un policía, ni un astronauta. Sólo un médico. Y un médico fuera de lo corriente, un genio en lo tuyo. La Medicina y la Biocibernética no tienen secretos para ti. Tus prótesis han devuelto la vida a muchas personas que pensaban que ya no podían moverse, ni hablar, ni ver o actuar. Dominas tan perfectamente los micrordenadores como los tejidos humanos. Sólo tú has logrado devolver la vista a un ciego, la voz a un mudo, el movimiento a unas piernas y unos brazos, los latidos a un corazón agonizante que ahora está pletórico de vida...

—Tonterías. Yo no he logrado nada. Sólo la ciencia actual, que es maravillosa. Un pequeño mecanismo electrónico puede suplir a cualquier cosa. A cualquiera... menos a un cerebro humano.

—Sí, lo sé —le miró largamente—. Los hombres nunca pueden ser dioses, aunque a veces casi lo parezcan. No se puede devolver la vida a los muertos. Aún no...

—Tal vez nunca se logre eso —reflexionó Yordanen voz alta. Se quedó pensativo, como si algo le rondara su cabeza. Tras un silencio, añadió lentamente—: De todos modos, me gustaría examinar el cadáver. ¿Sigue hibernado?

—Sí. El mayor Danvers ha dispuesto que siga en su cápsula hasta ser lanzado al espacio en un féretro espacial. Y así viajará hacia lo eterno, hacia lo indefinido.

—Pídeme un permiso especial sanitario para ir a la planta 05 —rogó el joven médico, biólogo y experto en Medicina Cibernética y Cirugía Electrónica—. Deseo ver a Ray antes de que sea lanzado al

espacio para siempre.

—Sí, no creo que haya dificultades. El mayor sabe que era amigo tuyo. Te avisaré en cuanto tenga el permiso y elpase a punto, ¿de acuerdo?

—Estaré esperándolos, Sheena. Y gracias por todo —la tomó las manos, mirándola dulcemente al fondo de sus azules pupilas. El sol daba un aura dorada a su cabeza rubia de cabellos muy cortos—. Sé lo que sentías por Ray. No puedo ayudarte en eso desgraciadamente. Pero cuenta conmigo para todo lo que sea preciso como si fuera él mismo.

—Así lo haré, Doc, gracias —respondió la joven, emocionada, desviando su mirada y soltando presurosa a su amigo—. Hasta pronto.

Abandonó la consulta de Doc Yordan. Este, con un suspiro, continuó sus tareas profesionales. Se le hizo muy largo el tiempo, pese a ser sólo dos horas las que tardó en llegar por el videófono un mensaje personal de Sheena Landis.

—Cuando quieras, puedes bajar a la planta 05 —le informó—. Tienes en Control una autorización especial a tu nombre, firmada por el propio mayor Danvers.

—Gracias, querida —suspiró Doc con alivio—. Iré de inmediato.

* * *

Los reunidos en la sala alzaron la cabeza. Un silencio expectante y respetuoso se hizo en la amplia cámara herméticamente cerrada, cuando la cortina se alzó, dando paso al recién llegado.

Este caminó lentamente hasta un estrado dispuesto sobre una plataforma oval, a nivel más elevado que quienes se sentaban en dicha plataforma, en número de cinco, y en torno también a una mesa de forma ovalada.

Todos los presentes usaban amplios antifaces de material plástico metalizado, que sólo dejaban ver sus ojos y sus labios a través de unas rendijas. Unas capuchas ocultaban sus cabellos y la parte superior de la cabeza.

Sólo el que acababa de entrar se diferenciaba de todos los enmascarados. Y no porque él no llevara máscara también, sino porque ésta era radicalmente distinta a las demás. También su indumentaria lo era, ya que los asistentes lucían túnicas largas, de

color negro, salvo los cinco de la mesa, que las ostentaban de color rojo.

El personaje del estrado superior, acomodado como en un trono, lucía una careta o máscara azul-negra, de metal pavonado brillante, simulando unas facciones humanas, extrañamente rígidas y frías. Una rendija se abría a la altura de sus labios, delgadísima, para dejar emerger la voz. Ante sus ojos, no eran dos orificios, sino dos enrejados horizontales de metal los que apenas si permitían vislumbrar el destello maligno de los ocultos ojos del siniestro personaje. El cuerpo aparecía, en su totalidad, enfundado en una malla de *vitronio*, material plástico y metálico a la vez, rígido en apariencia, pero flexible en realidad, y que no le impedía el extraño ser moverse con total libertad. Las manos estaban enguantadas en negro, y llevaba en su cintura dos armas modernas, una pistola de rayos ultra láser y otra de cargas infratérmicas, así como un cuchillo electromagnético.

—Se abre la sesión especial, presidida por Warlak, nuestro jefe —sentenció el hombre sentado en el centro del quinteto de la mesa oval, dando un golpe seco con el mazo en la misma—. Tiene la palabra el jefe.

El silencio era tan profundo que podía percibirse incluso el leve crujido de las túnicas y el chirrido agrio de la indumentaria del temido Warlak, al moverse éste en su trono. Todas las miradas se centraron en el jefe supremo de la organización criminal reunida.

—Escuchad —comenzó Warlak, con voz profunda, metálica, que parecía llegar rebotada desde las profundidades, y salir por aquella rendija estrecha de la máscara de metal, convertida en una serie de vibraciones ominosas—. No puedo estar con vosotros frecuentemente, porque debo atender otras obligaciones más perentorias. Además, no puedo faltar demasiado tiempo de mis lugares habituales, o correría el riesgo de despertar sospechas, cosa que hasta ahora no ha sucedido. La muerte de nuestro mortal enemigo, el agente del grupo Alfa, número 233, de la Central de Investigación, ha significado un rudo golpe para nuestros enemigos, pero ello no debe confiarnos y olvidar nuestras precauciones habituales. Ahora con más motivo, puesto que todos estaremos sometidos a la vigilancia de los policías espaciales, y si yo resultase sospechoso, para ellos dispondría de muy poca capacidad de maniobra, o incluso terminaría por ser aprehendido. Ese endiablado Ray Neville, el agente Alfa-233, estuvo muy cerca de darme caza. Sólo un golpe de fortuna me permitió vencerle en el último momento. Ahora enviarán nuevos agentes, pero los temo mucho menos que a Neville que era el mejor de todos ellos. De modo

que podremos dar el siguiente golpe sin muchos problemas, aunque luego nos mantendremos a la expectativa, sin hacer nada durante algún tiempo.

Hubo un murmullo de desaprobación, que el ser de la máscara de metal acalló con un gesto vivo y rápido

—¡Esperad! —avisó con voz profunda, deformado por los metálicos ecos—. Sé que deseáis actividad y buen botín. Yo también. Pero hemos de ser sensatos y cautelosos. Además, nuestro golpe inmediato va a reportarnos muchos beneficios. Suficientes para pasar una larga temporada disfrutando de la vida y permitiéndonos placeres sin fin, amigos míos. ¡Vamos a asaltar esta misma semana el turbo-correo espacial Tierra-Colonia Venus, portando los salarios de toda la Colonia!

Ahora el murmullo fue de asombro y excitación, recorriendo como una marea toda la sala. El mazo del enmascarado rojo lo frenó, pudiendo proseguir Warlak:

—Pero ese convoy irá muy protegido... —objetó une de los presentes, alzando su brazo.

—Claro que va protegido —rio huecamente la voz de metal—. ¿Y qué?

—Eso significa lucha, batalla abierta... Podemos ser exterminados, incluso vencidos...

—De eso me encargaré yo, amigos. Nadie sufrirá daño. Al menos, ninguno de nosotros. Ese turbo-correoese detendrá a repostar en la Estación Centuria-633. Y eso será suficiente. Lo tengo todo a punto para actuar. Cuando llegue el momento de asaltar esa nave... vosotros mismos comprobaréis lo sencillo que ha sido todo.

Y lo fácilmente que nos embolsaremos una auténtica fortuna, muchachos... Warlak os lo promete. Del mismo modo que he sabido librarme del más peligroso enemigo que teníamos, sabré daros un botín que nos baste para permanecer luego un tiempo sin actividades. Sólo con Warlak al frente de vosotros, son posibles esas cosas. Y todos lo sabéis muy bien. Soy el mejor jefe. El más generoso. Porque soy el más fuerte. Con mis subordinados, con mis aliados y amigos, soy poderoso y espléndido, fiel y avasallador. Con mis enemigos, soy implacable, cruel, no concedo cuartel jamás.

Y termino venciendo siempre. La muerte de Ray Neville es la prueba mejor. Ese agente nunca más nos molestará. Esa ha sido la


mejor victoria de Warlak.

CAPÍTULO III

La cruda luz vertical se derramó sobre la cápsula de plástico cristalino. Iluminó un rostro joven, vigoroso, que parecía dormido. La brumosa capa formada por la diferencia climática y el exterior, emborronaba en parte las facciones del joven que yacía allí dentro.

—Mi querido amigo… —susurró roncamente Doc Yordan, tocando la superficie helada de la cápsula con sus dedos levemente temblorosos—. Perdona si de nuevo molestamos tu reposo eterno. Pero quiero estar seguro de algo, antes de permitir que te envíen al espacio para siempre. Espero que allí donde estés, si realmente se está en alguna parte después de morir, comprendas mis motivos y me disculpes. Lo hago por ti. Sólo por ti, Ray, muchacho.

Se ajustó un casquete metálico, que conectó a unos electrodos. Después ajustó también unos cables a la superficie de la cápsula, sobre la cabeza inerte del buen amigo. De inmediato, pulsó una serie de teclas de una computadora clínica situada a su lado. Zumbó el ingenio cibernético. Comenzaron a surgir datos cifrados. Doc los fue leyendo, ceñudo. De vez en cuando miraba al hombre encerrado en la cápsula de hibernación.

Al final, la computadora resumió los datos recibidos:

CONSTANTES VITALES, NULAS.

MUERTE CLINICA CONFIRMADA.

Era la temida respuesta. Pero no había tenido la menor duda de que la recibiría en este caso. Por ello no se detuvo en su labor.

Aplicó unos electrodos ultrasensibles a la cápsula, obra de sus investigaciones biológicas y biomecánicas. Las activó, conectándolas a una pantalla visora más pequeña, donde en principio sólo apareció una línea plana, de color verde, sin alteración alguna. Hizo diversos contactos con puntos distintos de la cápsula. La línea verde no se alteró. Arrugó el ceño, empezando a sentirse desmoralizado.

Por última vez, los aplicó de nuevo encima de la cabeza del yacente. Volvió a conectar la pequeña computadora. Esta vez, el

gráfico se alteró levemente un segundo. Regresó a su línea plana. Y unos segundos después, sufrió otra leve alteración.

Era suficiente. Doc, excitado, cerró los mecanismos. Se quedó mirando el cuerpo en la cápsula.

—Hay *algo* de vida… —jadeó—. Existe un indicio de actividad cerebral. Leve, pero existe. Veamos el estado neurológico interno.

La luz vertical se tornó violácea. En una pantalla, como si fuera una radioscopia tradicional, se dibujó la radiografía lineal del cráneo del yacente. Pulsó unos botones. Se dibujó el contorno de su masa encefálica en la pantalla. Graduó la visual. El gráfico se amplió, como si una cámara fuese penetrando en el cerebro humano en forma de travelling cinematográfico. Aparecieron puntos luminosos en el cerebro. Primero fueron unos pocos, aislados. Lentamente, su número creció, hasta poblar por completo el gráfico del cerebro humano. Más excitado que nunca, Doc hizo girar unbotón, y la luz del techo se tornó de un azul lívido fantasmal. Ocurrió algo sorprendente en la pantalla de computador.

Los puntos luminosos, antes de color verde, se volvieron rojizos y parpadeantes. Doc Yordan lanzó un grito de júbilo incontenible.

—¡Vivan las neuronas! ¡No hay destrucción irreversible del cerebro! ¡Está vivo, pero en suspensión, inmovilizado en apariencia!

Por tanto, pese a no haber pulso ni riego sanguíneo contra toda previsión lógica, el cerebro de Ray Neville poseía todas sus neuronas intactas y vivas. Tal vez la*hibernicina* logró detener el proceso natural de muerte celular, y conservó éstas intactas, en hibernación local al recibir la descarga asesina y caer en coma profundo y muerte clínica… Dios, sea como sea es maravilloso… ¡Puede intentarse, puede hacerse la experiencia, por primera vez en el mundo! Y, quieran o no, yo soy quien va a llevarlo a cabo… ¡Voy a devolver la vida a Ray Neville, aunque el ser que surja de ese individuo, si tengo éxito, ya no sea realmente el mismo Ray Neville que todos conocieron!

* * *

El jefe de la guarnición de la Estación Observadora Centuria-666, subgobernador Lester Klein, de la Milicia Colonizadora del Espacio, miró pensativo a su hija y expuso con lentitud:

—Será mejor que trates de olvidar a Ray Neville, querida mía. El ya nunca volverá, bien lo sabes.

—No puedo, papá —susurró Ivy Klein con voz quebrada—. No puedo olvidarle. Ray está muerto, pero me resulta imposible olvidar lo que significó para mí.

—Tú, en cambio, no creo que llegaras a significar gran cosa para él, Ivy —le reprochó tiernamente su padre—. Sabes cómo era. Su deber, su trabajo, por encima de todo. Además, había cierta chica en la Tierra, según se comenta…

—Sé todo eso. Pero no podía dejar de amarle por ello. Y sigo amándole, aunque esté muerto —confesó con tono patético la bella joven.

—No puedo influir en tus sentimientos ni cambiar tus emociones. Tampoco lo intentaré, Ivy. Respeto lo que sentías por Ray Neville, pero él ya no existe. Eso es lo que debes tener en cuenta.

—No lo ignoro. Acepto su muerte, aunque sea con profundo dolor.

—Entonces, ¿por qué no reaccionas ante lo inevitable y te comportas de otro modo?

—¿A qué te refieres? —los profundos, hermosos ojos color violeta de la joven, destellaron con triste intensidad.

—A Derek, naturalmente —suspiró el subgobernador Klein.

—Lo imaginaba —ella movió la cabeza. Su rojiza melena, larga y brillante como si estuviera compuesta de hilos de cobre, se agitó levemente—. Derek no me importa demasiado, papá.

—Hubo un tiempo en que sí te importaba.

—Eso fue antes de conocer a Ray, antes de que él llegara aquí. Y Derek lo sabe, no te quepa duda.

—Derek siempre ha sabido que estabas loca por Neville. Y tú no has tenido piedad de él. Le has hecho sufrir los celos más profundos e imaginables, Ivy.

—Lo lamento. Le avisé con toda lealtad. No comprendo por qué debía mostrarse así después de ello. Sabía que ya nada podía ser lo mismo, después de lo que siento por Ray, vivo o muerto.

—Derek es un buen muchacho, Ivy. No es justo que sufra tanto por tu culpa.

—Derek odiaba profundamente a Ray. Creo que se ha sentido feliz con su muerte —replicó la joven, airada, con un centelleo en sus ojos—. Y eso no se lo puedo perdonar, papá.

—Eres demasiado cruel con los demás, Ivy. Derek es humano, siente amor por ti, y le soliviantó ver que otro hombre ganaba tus afectos, tu predilección. Pero no odiaba a Neville ni se alegró por su muerte. Eso sólo lo imaginas tú.

—Papá, una mujer entiende más de estas cosas que un hombre, digas lo que digas. Sé cómo es Derek, no tienes que explicármelo. Puede que como técnico de Comunicaciones y como subordinado tuyo sea un prodigio, pero como hombre no lo soporto ni deseo volver a tener relación alguna con él, ¿está eso bien claro?

—Como quieras, Ivy —el subgobernador meneó la cabeza, con gesto de desaliento. Se encaminó al ventanal panorámico que, ocupando parte de las curvas paredes de la estancia, asomaba al exterior, a la fría arquitectura de la Estación Observadora Centuria 666. Bajo la envoltura de materia plástica blindada, las instalaciones del centro espacial eran blancas estructuras recortándose contra el negro del Cosmos, con sus lejanas estrellas y nebulosas y sus bastantes más cercanos satélites artificiales, describiendo órbita en torno a la Tierra a tan enorme distancia de ella.

Se quedó contemplando en silencio aquel mundo reducido y hermético que flotaba en el vacío y del que élera responsable. Ivy se acercó a él despacio y se apoyó en su hombro.

—Perdona, papá —susurró dulcemente—. No quiero contrariarte, créeme. Pero no puedes obligarme a sentir algo que no me dicta mi propio corazón, compréndelo. Es posible que acepte a Derek como amigo o compañero, ya que hemos de convivir forzosamente todos en este reducido ámbito de la Estación, pero no podría nunca olvidar cómo miraba a Ray, cuál era el odio que asomaba a sus ojos ante él, y la sonrisa de gozo en sus labios cuando Ray estaba de cuerpo presente, asesinado por ese odioso Warlak.

—Warlak... —repitió sordamente su padre, con un visible estremecimiento que sacudió su fornido corpachón e hizo enrojecer su ancho rostro, bajo el cabello blanco, cortado a cepillo—. No me nombres a ese monstruo... No sé todavía cómo logró infiltrar a uno de sus hombres en este lugar. Pese a cuanto hemos investigado, ha sido imposible dar con su brazo ejecutor, con el modo que empleó para emboscarse entre nosotros y sorprender a Neville, desapareciendo luego sin dejar rastro.

—Tal vez no tuvo que «desaparecer» luego, como tú dices, papá —reflexionó la joven, con expresión pensativa, la mirada perdida en las lejanas estrellas.

—¿Qué quieres decir? —su padre le miró, inquieto, como temiendo oír algo que él mismo no deseaba decir ni tan siquiera pensar.

—Sólo eso, papá —ella se encogió de hombros—. Que es posible que aún siga aquí ese asesino, entre nosotros.

—¡Ivy, eso no tiene sentido! —rechazó su padre, airado, mirándola con una mezcla de sobresalto y preocupación—. Sabes que se ha revisado hasta el últimorincón, que se ha revisado todo sin detectar a nada extraño en este lugar...

—¿Y eso qué prueba, papá? —rechazó ella, desdeñosa, con una mirada de escepticismo—. Pudo ser uno de los mismos que formamos la guarnición de este asteroide quien matase a Ray.

—¡Cielos, no digas atrocidades! —jadeó el subgobernador Klein, no demasiado convencido, pese a su énfasis—. Aquí todo el personal ha sido rigurosamente seleccionado, son gente fuera de toda sospecha, brillantes personas de la milicia, de la técnica, de la administración...

—Sé todo eso, papá. Pero Warlak tiene dinero. Mucho dinero. Es un corsario del espacio, como en otros remotos tiempos hubo piratas del mar o de los desiertos. Por dinero, cualquiera puede venderse. Todos tenemos un precio.

—Yo, jamás —rechazó altanero el subgobernador Lester Klein—, Y tú tampoco, hija mía, me consta.

—Tal vez, papá, aunque no pondría la mano en el fuego ni siquiera por mí misma —rio con cierto amargo cinismo la bella joven —. Pero otras personas no son tan de fiar. Pueden haber cedido a la tentación de ayudar a Warlak en sus siniestros designios a cambio de dinero...

—Es inconcebible que digas cosas así de mis propios hombres, de personas que dependen directamente de mí, en quienes confío ciegamente...

—Pues, yo que tú, no confiaría tanto en todos. Ahí tienes al propio Derek. Por celos, por rencor o por odio pudo haber cooperado en la muerte de Ray

—¿Otra vez con eso? —bramó Klein.

—Espera, papá. Era sólo un ejemplo. Tenemos otro, Sigrid. Ella andaba loca detrás de Ray. Pero como ella sabe hacerlo. Esa no siente amor por nadie. Sólo deseo. Hubiera dado años de vida por llevárselo a su lecho y sentirse suya.

—Sigrid van Ryjk es una gran doctora en Biomedicina Cósmica y de Cirugía Espacial —le recordó severamente su padre—. Y una mujer disciplinada y correcta en todo momento... No nos importan sus debilidades humanas.

—Entre esas debilidades se encuentra la ninfomanía, papá. No pudo conseguir a Ray porque él era un hombre íntegro y serio. Eso pudo forzarla a unirse a Warlak para vengarse de sus rechazos. También está el capitán Fraser, de Seguridad. No creo que fuera él, pero...

—Estás diciendo atrocidades, Ivy...

—Sólo estoy ofreciendo posibilidades, papá. Aún queda alguien más: Vincent.

—¿Vincent Kelly, el Asesor Militar? —se horrorizó su padre.

—Sí, papá. Es un hombre ambicioso y duro. Rígido y severo en lo militar, pero humanamente capaz de todo con tal de llegar más arriba en cargos, en dinero, en condición social y profesional. El oro de Warlak podría comprarle fácilmente, si con él conseguía lo que se propusiera, ¿quieres más ejemplos de personas de esta Estación que podrían haberse vendido al corsario?

—¿Por qué precisamente esos que has nombrado, Ivy? —preguntó su padre, preocupado e inquieto.

—Muy sencillo: porque todos ellos estaban con nosotros en Aníbal-2, hace seis meses. Y estando ellos allí, la base militar espacial fue saqueada misteriosamente por Warlak, apoderándose de armas y vehículos altamente sofisticados, que ahora utiliza contra nosotros. Eso puede resultar significativo.

—Sospechas que he traído conmigo a un cómplice de Warlak, a un asesino...

—¿Por qué no? Allí fuimos expoliados misteriosamente. Aquí, asesinaron a Ray. Y nunca aparecieron los culpables. Incluso el propio Warlak podría ser uno de los que trabajan para ti, papá.

—¿Cómo puedes llegar tan lejos en tus teorías, Ivy? Eso es una locura...

—No tanto —rechazó ella con una sonrisa—. Recuerda que todos salimos y entramos de aquí con frecuencia, que viajamos a otros satélites, que tenemos libertad de movimientos durante días, semanas enteras a veces, sin volver por la Estación.

—¿Y...? —su padre parecía temer lo que ella estaba a punto de sugerir.

—Oh, papá, es muy sencillo —suspiró la joven, desviando su mirada de nuevo, para fijarla en un lugar inconcreto, acaso en el lejano titilar de un astro resplandeciente—. Eso podría explicar que Warlak fuese uno de nosotros, cuando abandona este lugar... y lleva a cabo sus fechorías en el espacio. Recuerda que nadie ha visto el rostro de ese pirata enmascarado jamás. Por tanto, ¿no puede ser cualquiera...?

—Sí, Ivy, tienes razón. Cualquiera... —Klein meneóla cabeza, aturdido—. Pero Dios quiera que todas esas cosas que has insinuado no sean ciertas, hija mía

* * *

Las luces parpadeaban en el laboratorio. Los mecanismos electrónicos estaban en acción. Un profundo silencio, sólo roto por el zumbido de los ordenadores y de sus circuitos en un funcionamiento constante.

Doc Yordan iba de una máquina a otra incesantemente, mientras una serie de destellos lívidos brotaban del casco plástico aplicado a la cabeza del cuerpo yacente sobre la mesa de operaciones.

En pie, al fondo de la sala, contemplando con sombría expresión la escena, se hallaba el mayor Danvers, mudo testigo de todo cuanto allí se estaba llevando a cabo. Estaba ligeramente pálido y tenso, y respiraba con cierta dificultad, quizá porque se hallaba demasiado absorto siguiendo aquel experimento único, revolucionario dentro de la Biocibernética y de la Medicina.

Sobre una pantalla se vislumbraba ahora una regular oscilación rítmica de una línea ondulada verde. Era un minucioso encefalograma. Y detectaba vida.

Por fin, Yordan cerró una serie de controles, y los zumbidos cesaron. Sólo quedó la luz cárdena en torno al cráneo del yacente, así como una tenue vibración en los electrodos aplicados a sus sienes. En la pantalla, la línea verde continuaba ondulando con ritmo regular.

—¿Y bien...? —jadeó dificultosamente Danvers, saliendo de su abstracción.

—He logrado reavivar las neuronas paralizadas y en estado hibernado —dijo Yordan gravemente—. Están en pleno proceso de recuperación. Las células cerebrales están intactas. Pero parte de ellas sufren daños que requerirán un tiempo de aclimatación a la actividad. Digamos que Ray Neville sobrevivirá. Pero ya no será Ray Neville.

—Temo no entenderle, Doc —pestañeó el mayor, perplejo.

—Es muy sencillo: no recordará absolutamente nada de su pasado. Ni sabrá siquiera quién es.

—Cielos... ¿Amnesia?

—Algo parecido. El sector cerebral de la memoria está momentáneamente inmovilizado. Es como una parálisis que puede durar siempre o curarse algún día. Pero será mejor para él que recordar su pasado.

—Entonces... ¿tampoco sabrá hacer las cosas que hacía anteriormente?

—Sólo algunas: hablará, pensará, recordará conceptos y conocimientos, pero no todos. Será una nueva persona, en suma.

—¿Por qué ha dicho que será mejor que no recuerde?

—Porque el ser que salga de este laboratorio, mayor Danvers, donde usted ha autorizado excepcionalmente a que intervenga con mi biocirugía y mis medios cibernéticos a Ray Neville, ya no será aquél que todos conocimos. Ni siquiera será humano.

—¿Qué? —se horrorizó el mayor.

—Lo que ha oído. La carga infratérmica no sólo dañó su cerebro, pese a que la *hibernicina* le salvó de la muerte definitiva, sino que varios puntos de su cuerpo están totalmente inutilizados por esa carga asesina. Tejidos y miembros de su persona ya no podrán recuperar la normalidad jamás.

—Entonces... ¿qué va a conseguir con él? ¿Un triste despojo humano, un paralítico o un inválido incapaz de saber siquiera quién es? En ese caso, más le valdría estar muerto...

—Quizá, mayor. Pero vale la pena hacer la prueba. No, no va a ser un despojo, ni un inválido. Será un ser distinto, eso es todo.

—¿Cómo?

—¿Olvida mi especialidad? Prótesis cibernéticas. Haré de Ray Neville un androide, un ser mitad robot, mitad humano.

—Dios mío… ¿Qué puede resultar de eso? Creo que estamos ofendiendo a Dios.

—No diga tonterías, mayor. No trato de *crear* vida ni de resucitar a un muerto. Neville aún vive. Posee tejidos perfectamente sanos, su cerebro funciona en un noventa y cinco por ciento. Ese cinco restante es su capacidad de memoria, y hemos de reconstruirle una memoria artificial. Es decir, aplicar a su parte cerebral inerte un microordenador de tamaño pequeñísimo, apenas una lenteja o tal vez menos. Dentro de ese microordenador, estará almacenada la nueva «memoria», previamente programada. Su corazón llevará una prótesis y otra la aorta, para que funcione normalmente el bombeo sanguíneo. También un brazo, el izquierdo, será mecánico, una perfecta copia del verdadero… pero hecho de metal recubierto de plástico y con circuitos electrónicos de especial sensibilidad dentro, conectados mediante un ultracircuito mental a su cerebro. Del mismo modo, su estómago, destruido en parte, será recompuesto mediante prótesis plásticas, igual que parte de una de sus piernas. Deje eso en mis manos, mayor, si desea que Ray Neville vuelva a la vida.

—Usted ha dicho que ni siquiera será Ray Neville… ¿Vale la pena, en esas circunstancias, seguir adelante con esto?

—Yo creo que sí —miró fijamente a su interlocutor—. Pero, naturalmente, de usted depende todo. Una palabra y seguiré hasta el fin. Otra palabra y eso me detendrá aquí, desconectaré el mecanismo que reactiva el cerebro de Ray… y entonces sí. Entonces ya no existirá posibilidad alguna de recuperarlo vivo. Las células cerebrales habrán muerto irreversiblemente, y sus neuronas se destruirán para siempre. Elija, ahora que aún está a tiempo.

—¿Podrá sentir Ray como un humano? Me refiero a sentimientos, emociones y cosas así…

—Supongo que sí —Doc Yordan se encogió de hombros con una triste sonrisa—. Aún no sabemos si el alma le ha abandonado, mayor. Eso sólo Dios puede saberlo. Pero su sensibilidad se puede recuperar casi íntegra.

—¿Podrá seguir siendo útil a mi organización, a la Ley del espacio?

—Eso se puede programar en el microordenador que incrustaré en su cerebro. Y él hará lo que sus circuitos de memoria artificial le digan. Pero recuerde que tendrá un hombre que será mitad humano y mitad artificial. No sabemos qué parte será más fuerte que la otra. Esta va a ser la primera vez que de un hombre se crea un androide. Ahora, ¿qué decide?

El mayor Danvers fue hasta la pantalla encefalográfica. Examinó la fina, ondulante línea verde en movimiento.

—¿Eso detecta vida cerebral? —musitó.

—Sí.

—De modo que su mente vive aún...

—Así es, mayor.

—Dios, yo no puedo destruir esa vida, por poca cosa que sea, con una simple orden. Fui su superior, pero también su amigo. Siga, doctor Yordan. Siga hasta el fin. No moveré un dedo para sentenciar a muerte a Ray Neville. Que sea lo que Dios quiera.

—Gracias —sonrió con alivio Doc Yordan—. Espero que nunca tenga que arrepentirse de esa decisión, señor.

—Sí, yo también lo espero... —suspiró el mayor Danvers, dirigiendo una última mirada al yacente Ray Neville, antes de desaparecer del laboratorio, dejando solo a Yordan con un sujeto de su gran experimento.

CAPÍTULO IV

Era un día festivo en la Estación Observadora Centuria-666, cuando llegó el mensaje urgente a su terminal informativa.

El texto de ese mensaje, de máxima prioridad, era escueto, tajante:

Turbo-correo espacial Tierra-Colonia Venus interceptado y asaltado en viaje. Warlak robó once millones y medio en créditos-oro. Se han registrado entre los tripulantes y escoltas cinco muertos y once heridos.

El jefe de la sección de videogramas se apresuró a buscar a alguien importante a quien comunicar el suceso, pero no halló a nadie en la estación con autoridad suficiente para ello. Por ser un festivo, la mayoría de los jefes y mandos se hallaban ausentes, unos en viajes a la Tierra para pasar el día, otros de expedición de placer por el espacio. Ni siquiera el subgobernador Klein se hallaba en el asteroide artificial.

Sólo pudo informar de ello al suboficial Hendrix, encargado del mando provisional en aquel día festivo que se prometía inicialmente lleno de inactividad y de rutina. Hendrix pegó un respingo y de inmediato secomunicó con la Tierra y con Colonia Venus, confirmando la noticia en todos sus puntos. Las víctimas del asalto pirata eran en su mayoría soldados de la escolta del turbo-correo cargado de oro para las nóminas d Venus. Sólo un tripulante, del cuerpo de pilotos, y tres azafatas, habían resultado respectivamente muertos y heridos en el ataque. Una flotilla de fuerzas de seguridad espacial estaba buscando ahora la nave agresora, una de las de Warlak, robadas de la estación militar Aníbal-2, meses atrás.

Cuando comenzaron a llegar a la Estación orbital todos los altos mandos, con el subgobernador Klein a la cabeza, fueron informados del trágico hecho. Lester Klein reunió de inmediato a todos sus colaboradores principales, en una asamblea de urgencia. La tensión era evidente en todos los requeridos, cuando se sentaron en torno a la mesa del jefe de la Estación.

—Señores, nuestro regreso aquí, tras un amable día festivo, no ha

podido ser más desdichado —comenzó el subgobernador Klein gravemente—. Warlak ha vuelto a hacer de las suyas, y en esta ocasión logró asaltar nada menos que un tren especial lleno de oro, pese a la fuerte escolta que lo protegía. No se sabe aún cómo la nave de Warlak se aproximó al correo dando la contraseña oficial, que en estos momentos se utiliza para la identificación de vehículos militares o civiles. De modo que de alguna forma tuvo que obtener Warlak esa información tan confidencial, y no se me alcanza como…, a menos que tenga a alguien cooperando dentro de nuestros propios sistemas de seguridad. Aquí, todos conocemos, como es natural, la contraseña. Y me refiero exclusivamente a todos los que ahora estamos aquí reunidos. Ello me ha hecho pensar en algo que hablé con mi hija hace unos días.

—¿Y qué es ello, señor? —preguntó respetuosamente Derek Quayle, jefe de Comunicaciones de Centuria-666.

—Que uno de nosotros podría ser el cómplice con quien cuenta Warlak para recibir tan privilegiados informes.

Hubo un revuelo en torno suyo.

—¡Eso es absurdo, señor! —protestó la hermosa y llamativa Sigrid van Ryjk, irguiendo su exuberante humanidad en su asiento—. ¿Nos acusa de traidores, acaso?

—No, cálmese, Sigrid —la apaciguó Klein—. Sólo insinúo la posibilidad de que uno de nosotros quiera serlo. Y me incluyo yo mismo en esa lista. Piensen que tuvo que darle el dato de la contraseña, para confiar a la escolta, alguien que la conocía muy bien. Admito que son muchos otros centros espaciales los que poseen esa información, pero sólo estando algunos de nosotros en Anibal-2, ese pirata logró apoderarse de armas y vehículos. Y sólo estando nosotros aquí, pudo asesinar impunemente a un agente de la Central de Investigaciones. Ahora, se produce un tercer caso. ¿Por qué no pensar que esta información partió desde aquí y no desde otro sitio?

El capitán Neil Fraser, de Seguridad y Orden, se inclinó hacia el subgobernador.

—Señor, yo soy el encargado aquí de que cosas así no ocurran, como lo era en Aníbal-2, siendo usted subgobernador. ¿Debo entender que también yo figuro entre los sospechosos?

—Sí, capitán. Usted también. Y con usted, Vincent Kelly, Sigrid van Rijk, Derek Quayle, yo…

—Y yo, papá —suspiró Ivy, asomando su bonita cabeza roja por la puerta de la sala—. Acabo de llegara la Estación. Perdonen que me entrometa, pero estuve en Aníbal-2 con mi padre, y ahora aquí. Por tanto entro en la lista. Y, como bien saben, he estado ausente de aquí igual que *todos* ustedes, amigos míos. De modo que uno de nosotros puede ser un traidor… Warlak en persona.

Y avanzó decidida, sentándose junto a su padre como un miembro más de la asamblea de mandos y altos cargos de la Estación Centuria-666.

* * *

Abrió los ojos.

Miró en derredor. Fría, atentamente. No hubo expresión en las pupilas grises, duras y penetrantes. El rostro no se alteró lo más mínimo. No parecía recibir emociones. Y si las sentía, no las expresaba.

Doc Yordan, el mayor Danvers y Sheena Landis permanecían erguidos ante él, esperando. Tampoco ellos reflejaban nada en sus rostros. Pero los ojos de ella brillaban, húmedos, emocionados. Y sus manos temblaban ligeramente.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —fueron sus primeras palabras.

Sheena se estremeció. El mayor apretó los labios controlando sus emociones. Doc Yordan respiró hondo y tuvo un leve parpadeo.

La voz del «resucitado» había sonado clara, precisa con su entonación habitual, pero algo más fría e impersonal de lo que era antes. Parecía esperar una respuesta sin impacientarse. Yordan se la dio, con voz tensa:

—Estás en mi laboratorio, Ray. Has salido de un prolongado letargo.

—Entiendo —dirigió ahora sus ojos a su cuerpo, tendido en la cama de fibra plástica, bajo el potente foco vertical. Parecía estar organizando sus ideas. Al fin dijo—: Soy Ray Neville, ¿verdad?

—Sí —el mayor Danvers tragó saliva—. Eres Neville. ¿Me reconoces a mí?

—Sí. Mayor Clyde Danvers. Es usted mi jefe —el hombre vuelto de las sombras de la muerte sonrió. Era la suya una sonrisa extraña:

dura y fría, sin demasiado humor—. ¿Por qué cree que no iba a identificarle? Sólo me siento algo torpe aún… ¿Qué me pasó?

—Intentaron asesinarte, Ray —musitó Sheena apagadamente.

—Oh, sí, ya recuerdo. Warlak. Estación Observadora Centuria-666.

—Eso es —los ojos de Danvers brillaron mirando fugazmente a Doc Yordan—. Creí que no lo recordarías tan claramente, Neville.

—El recuerdo no es muy claro, desde luego. Sé que pasó así, pero no logro recordar más. No sé cómo sucedió. Ni de qué modo me sorprendió Warlak.

Danvers y Sheena cambiaron una mirada. Yordan explicó en voz baja, mientras el hombre recuperado de la muerte comenzaba a erguirse, mirando su cuerpo, sus brazos y piernas:

—Recuerde, mayor, que sólo tiene una «memoria» programada por mí, dentro del microordenador. Y nosotros nada sabemos de cómo sucedieron allí las cosas. Sólo él lo sabe… y ha perdido la memoria, recuerde bien.

—Sí, entiendo, Doc. Pero resulta difícil adaptarse al hecho de que parte de ese hombre que todos conocemos… sea ahora puramente artificial, obra de la cibernética.

A Neville no pareció preocuparle lo que ellos hablaban. Se estaba poniendo en pie. Todos comprobaron que movía su pierna derecha perfectamente, pese a ser en parte artificial, unida a su rodilla mediante cirugía cibernética. También su brazo izquierdo pudo moverlo como si fuese real, pese a ser una prótesis electrónica.

—Noto algo raro en mi persona —confesó lentamente—. Pero no sé lo que será…

—Yo te lo diré, Ray —terció rápido Yordan, avanzando hacia él —. Sufriste daños irreversibles en tu cuerpo. Ya no es tu propia carne en muchos puntos. Hube que cambiarla por materiales artificiales: metal, plástico, circuitos…

—¿Quiere decir que soy en parte un autómata?

—Algo parecido. Tu brazo izquierdo es mecánico. Pero apenas si puedes notarlo. En cambio, con él podrías destruir a cualquiera con un simple golpe, ya que su materia, bajo el plástico, es acero puro, para proteger tus circuitos. También a tu pierna y pie derecho les ha

ocurrido lo mismo, Ray. Y parte de tu corazón y de tu estómago. Eso tiene sus ventajas. No pueden matarte si te disparan al corazón, porque una válvula supletoria seguiría funcionando. No pueden envenenarte ni drogarte, porque tu estómago, artificial en parte rechaza las sustancias nocivas automáticamente, gracia a unos sensores especiales para drogas letales o narcóticos.

—Comprendo —caminó unos pasos, movió su brazo izquierdo. De repente pegó con éste, seco y contundente, en un armario de vidrio y metal cromado. Hizo astillas todo, incluso el metal, en medio de un fuerte estrépito. Se volvió a ellos, tras comprobar que su mano artificial, aparentemente de carne y piel normales no mostraba ni el más leve rasguño—: Lo siento. Fue una chiquillada, pero quería probar si era cierto lo que dijiste, Doc.

—Ya ves que sí. Posees nuevas armas que te hacen más fuerte aún de lo que eras. Eres un androide más perfecto que un humano e infinitamente mejor que un robot.

—Sea como sea, soy una especie de monstruo —rio duramente Neville, mirándose en un espejo—. Al menos, el rostro sigue siendo el mismo... Aún lo recuerdo, Doc.

—Sí, no te causaron daños físicos en la cara. Es mejor así. Las chicas dicen que eres muy atractivo —rio también Yordan, más relajado.

—Hablando de chicas, Ray..., ¿me conoces a mí? —terció ahora Sheena, acercándose emocionada a Neville.

—Claro —él la miró con ojos metálicos, muy fríos—. Eres Sheena Landis, mi compañera y buena amiga. Hola, Sheena, me alegro de verte.

—Y a mí también a ti, puedes creerlo —le rodaron dos lágrimas por las mejillas a la joven—. ¿Sólo..., sólo recuerdas que eres compañero y amigo mío, Ray?

—Sólo eso —afirmó él, seco.

—Ray..., éramos novios. Me dijiste, antes de partir hacia Centuria-666 que volverías... para casarte conmigo.

—¿Eso dije? —la miró sin emoción alguna—. Lo he olvidado, Sheena. Lo siento. Pero no me gustaría causarte daño. No puedo fingirte algo que ahora no siento. Tal vez entonces sentía de otro modo. No sé, no puedo mirarte con amor y deseo. Es posible que Doc

pueda explicártelo mejor que yo. Sus prótesis pudieron cambiar mi sensibilidad, no sé.

—Lo entiendo muy bien, Ray —dijo ella, conteniendo un sollozo —. No pienso forzarte a nada que sea contrario a tu voluntad. Sólo te mencioné algo, porque podías recordarlo. Siento haberlo hecho. Seremos sí amigos, camaradas, si tú lo dices… Me alegra que hayas vuelto, Ray. Me alegra mucho…

Y abandonó con rapidez el laboratorio estallando en los sollozos que hasta entonces fuera capaz de dominar. Neville miró perplejo a sus compañeros.

—Las mujeres siempre dramatizan las cosas —comentó frío—. Lo lamento. No puedo fingirle a nadie algo que no siento. No sería honesto. ¿De veras la amé alguna vez?

—Eso nadie puede saberlo —dijo Yordan sombrío—. Dices bien, Ray. No puedes traicionarte a ti mismo. Obra como creas que deseas obrar. Sólo eso. Es posible que con el tiempo, las cosas vuelvan a ser igual que antes. Lo importante es que vives.

—Creo entender por tus palabras que no fue fácil conseguir que sobreviviese —habló Neville mirando con fijeza al cirujano y experto en Biocibernética—. ¿Es así, Doc?

—Sí, Ray, así es. Fue muy difícil. Casi imposible. No preguntes más.

—¿Llegué a estar… clínicamente muerto? —insistió Neville.

—Sí, Ray. Llegaste a estarlo —suspiró Doc.

—Ya —paseó de nuevo por el laboratorio. Se detuvo ante Danvers de pronto y le miró—. Supongo que debo volver al trabajo, luchar contra Warlak…

—Eso depende de ti, Neville —dijo el militar—. Sólo de ti. Y de tu actual capacidad para llevar a cabo una misión tan difícil.

—Estoy vivo, ¿no? Y he sido un agente a su servicio siempre. Pues sigamos el mismo camino, mayor. Vamos a ver qué ocurre esta vez. Quizá el androide sea máspoderoso y más inteligente que el hombre, en el momento de enfrentarse a Warlak.

—Dios lo quiera —fue lo único que pudo murmurar Danvers, pensativo.

* * *

Ray Neville se ajustó el correaje de su uniforme marrón y beige, con galopes de plata y azul del Grupo Especial Alfa, de la IIIC. Luego, aplicó el casco a su cabeza y se aseguró de que sus armas reglamentarias funcionaran a la perfección. Se contempló en el espejo. Pareció meditar largamente, en silencio, mientras a sus espaldas un *videoscope* transmitía una carrera de bólidos cósmicos entre Mercurio y la Tierra, para el Gran Prix Planetario. El sonido del comentarista y del silbante zumbido de los poderosos reactores de los vehículos en competición, emitidos para la mayor emoción de la carrera mediante «espejos sónicos» desperdigados por el sordo vacío cósmico, parecía ser como un simple rumor de fondo. Ray ni siquiera prestaba atención a sonido o imagen.

—Bien —murmuró Neville, hablando consigo mismo—. Es como volver a empezar. Y a partir de cero. ¿Por qué sólo puedo recordar que Warlak o alguien a sus órdenes me atacó, dándome por muerto, y no puedo evocar ningún detalle más del atentado criminal de que fui víctima? Es como tener una parte de la mente en blanco, totalmente vacía de recuerdos…

Movió la cabeza, pensativo. Articuló su brazo zurdo, los dedos de aquella mano que sabía era de metal, recubierta de un plástico esponjoso, idéntico en todo a la carne humana. Tomó una esfera de acero macizoque servía de adorno en una estantería y la estrujó entre sus dedos, ceñudo el gesto.

El metal comenzó a abollarse, a hundirse bajo la presión de sus dedos, como si fuera cera blanda y moldeable. Estrujó aquel acero hasta convertirlo en algo pastoso y desgarrado, lo trituró virtualmente, dejando caer luego la deformada pieza al suelo. La contempló y se miró luego los dedos intactos, sin dolor, capaces de producir tal destrozo en un instante a un cuerpo tan duro y resistente.

—Doc me ha dotado de armas terribles —susurró pegando un puntapié seco al metal con su pie derecho que lanzó la pieza de acero contra el muro, perforando éste y quedando incrustada la ahora irreconocible esfera en el interior del plástico concreto y blindado de su residencia, como si lo hubiese disparado un arma. Susurró, encaminándose a la salida, tras apagar el control remoto de su *videoscope*—: Espero que, llegado el momento, todos estos elementos cibernéticos me sean útiles contra el enemigo…

Momentos después, una pequeña nave individual partía de un cosmódromo secreto de la Tierra, llevando a bordo a un hombre a

quien todos daban por muerto. Ray Neville, agente de Búsqueda Alfa-233, regresaba a la Estación Observadora Centuria-666.

Su objetivo, mientras tripulaba la nave monoplaza como un cibernauta insólito y sorprendente, en parte humano, en parte mecánico, era encontrar a Warlak, el corsario misterioso del espacio. Y entregarlo a sus superiores, vivo o muerto.

Ni siquiera Warlak, el siniestro asesino del Cosmos, el ser monstruoso que se escudaba en el anonimato de su máscara de negro acero, podía sospechar que volvía hacia él, dispuesto a la revancha, el hombre a quien daba ya por muerto definitivamente.

CAPÍTULO V

Ivy Klein estaba paseando por entre los rosales del gran jardín-invernadero de Centuria-666, centro floral que hacía olvidar, a veces, el encierro forzoso de los astronautas, a bordo del asteroide artificial que, a modo de supernave flotante en el vacío espacial, se dedicaba a la observación y control de las altas regiones cósmicas del planeta Tierra.

A su lado, el joven Derek Quayle trataba en vano de romper el hielo con que la hija del subgobernador se envolvía en su trato con él últimamente.

—Ivy, ¿por qué eres tan hostil conmigo? —murmuró una vez más el joven técnico en comunicaciones de la Estación orbital.

—Lo siento, Derek. Creo habértelo dicho ya varias veces. No me hagas insistir en ello una vez más.

—Se trata de Ray, ¿verdad?

—Sabes que sí.

—Ray no existe. ¿Es que no vas a meterte eso nunca en la cabeza?

—No es eso. Sé que no existe. Pero eso no cambia las cosas.

—Él está muerto. Y tú vives. Tienes que pensar eneso.

—Aunque lo piense, tú no tendrás cabida en mis pensamientos, Derek.

—Pero ¿por qué?

—Porque odiabas a Ray. Deseabas su muerte —le miró fijamente, parándose de repente en seco, junto un macizo de bellísimas rosas azules—. Ni siquiera puedo estar segura de que no fueses tú el brazo ejecutor de Warlak.

—Estás rematadamente loca —se exasperó él—. Yo no tengo nada que ver con ese crimen. No soy un asesino. Admito que sentía celos de Neville y no me caía bien por eso, porque tú le mirabas embelesada. Pero que yo sepa, él nunca te amó, Ivy. El tuyo era un amor sin esperanzas, aunque él hubiera vivido.

—¿Y qué sabes tú de eso? —se irritó la joven, pegando un

taconazo en el suelo de arena marciana que alfombraba el invernadero —. Soy hermosa. Hubiera acabado haciéndome caso, fijándose en mí como mujer. Lo sé, Derek. Pero aunque no hubiera sido así, yo le amaba. Y le amo aún. Vete de mi lado. No quiero hablar más del asunto.

Derek Quayle le miró con fijeza. Bajo los rubios cabellos, sus azules ojos expresaron disgusto y dolor, Sacudió la cabeza.

—Como quieras —dijo—. Pero no cejaré. Tengo tanto derecho a aspirar a ti como cualquier otro. No me daré por vencido, Ivy.

—Eso debo decidirlo yo, no tú. Y te advierto que perderás lastimosamente el tiempo. Nunca seré tuya ni te amaré, Derek. Me disgusta hasta tu presencia. ¡Vete ya!

El dio media vuelta, con una contracción de humillada ofensa en su rostro. Y masculló al alejarse, con sorprendente tono de rabia y despecho:

—No me repetirás nunca más tu odio y tu desprecio, Ivy. Te lo juro.

Se alejó por el vasto recinto acristalado del invernadero estelar. Ella le vio partir, con cierta sorpresa e inquietud.

—Vaya… —murmuró—. No sé si fue una promesa… o una amenaza, la verdad.

—Yo diría que fue lo segundo, Ivy —sonó una voz a sus espaldas, inesperadamente.

Ella se volvió. De detrás de un alto seto, había surgido el joven y atlético capitán Neil Fraser, con su flamante uniforme azul de las Brigadas de Colonización Espacial, División de Seguridad y Orden. Le miró la joven, risueña.

—¿Espiándome acaso, Neil? —le reprochó suavemente.

—Sabes que no —rio el capitán, inclinándose cortés—. No pude evitar oíros cuando pasaba por aquí, como vosotros, en busca de un poco de sosiego en mis horas libres de servicio, Ivy. ¿Soy tan mal recibido como Derek Quayle, acaso?

—No, no. Tú eres distinto, Neil. Me caes bien, eres simpático y agradable. Pero no te hagas ilusiones, si buscas algo más que simpatía y amistad. Mi corazón sigue siendo de Ray Neville, incluso después de muerto él.

—Lo sé, lo sé —aceptó con un ademán el capitán Fraser—. Y de veras lo lamento, porque te admiro tanto como el que más y me gustaría ser tu esposo. Créeme, hubiera matado gustoso yo mismo a tu amado Neville, si hubiera sabido que con ello te ganaba a ti.

—¿No lo hiciste acaso? —preguntó ella con malévola ingenuidad.

—¡Ivy, por Dios, no digas atrocidades! —resopló eljoven oficial—. Incluso lo que acabo de decirte no pasaba de ser una broma...

—Ojalá sea así. Pero para alguien, Neil, no fue una broma. Sigo pensando que una persona de esta Estación mató a Ray...

En ese momento apareció, pálida y jadeante, sus cabellos rubios platinados revueltos, la exuberante, opulenta Sigrid van Ryjk. Sus grandes pechos macizos bailoteaban bajo su uniforme plateado, cuando la cirujana y biodoctora espacial habló con voz tartamudeante, llena de emoción y de sobresalto, a la asombrada pareja:

—¡Ivy, Neil, venid pronto! ¡Acaba de posarse una nave monoplaza del Grupo Especial Alfa en el cosmódromo!

—¿Y qué tiene eso de extraño? —indagó el capitán Fraser, arrugando el ceño—. ¿Acaso viene en ella Warlak en persona?

—Algo más increíble que eso, Neil... —jadeó la doctora Van Ryjk, sacudiendo la cabeza—. ¡Es Ray Neville quien viene a bordo..., tan vivo como todos nosotros!

Neil Fraser lanzó una sorda imprecación, palideciendo intensamente. Ivy exhaló un gemido ronco, su faz tomó el color de la cera y se desplomó en el sendero de arena, sin que su acompañante pudiera evitarlo.

* * *

—Ivy..., ¿estás bien?

Ella abrió los ojos. Miró a la persona que hacía la pregunta, inclinada sobre el lugar donde reposaba ahora. Tardó en comprender. Por eso gritó, asustada, trémula, con una mezcla de incredulidad y de horror, aunque su hermoso y joven cuerpo tembló de placer y de un extraño y profundo goce superior a su voluntad.

—¡Ray! —su grito salió ronco, estremecido—. Ray, no es posible... Tú no... No estás vivo... No puedes estarlo. Yo..., yo te vi muerto... ¡Muerto, Ray!

—Pero ya ves que no es así —sonrió él, con aquella fría mirada gris, profunda y penetrante, fija en ella—. Estoy vivo, Ivy, esto no es un sueño…

—Primero pensé que Sigrid se había vuelto loca. Pero aun así, no sé qué me sucedió, Ray. La emoción fue demasiado fuerte, no podía creerlo, aunque algo me dijo que, efectivamente, tú habías vuelto. Aunque fuese de la sepultura…

—No, Ivy. Nadie vuelve nunca de la sepultura. No aún. Tal vez un día se pueda hacer resucitar a los muertos sin esperar el Juicio Final. Pero, por el momento, la ciencia es incapaz de tal prodigio. Yo aún no estaba muerto entonces, Ivy. Simplemente, lo parecía. Y los médicos salvaron mi vida, eso es todo.

—Ray…, Ray, has vuelto… —le miraron los ojos de color violeta —. Has vuelto a Centuria-666… ¿Para qué?

—Para encontrar a mi asesino —suspiró él—. Tengo que devolverle el golpe, sea como sea.

—¿Sabes quién es?

—No. No lo sé.

—Pero si te hirieron cara a cara… Eso dijeron los expertos, Ray.

—Aun así, no lo sé. No sé nada, Ivy. Mi mente… —se tocó la cabeza, cubierta por su casco de astronauta todavía—. He perdido la memoria. No recuerdo apenas nada. Sólo ciertas cosas siguen vivas en mi recuerdo, tú entre ellas. Pero nada relativo a Warlak o a sus esbirros asesinos.

—Dios mío, mi pobre Ray… —Ivy se incorporó, con un hondo suspiro, y se abrazó fuertemente al hombre alto, joven y atlético que parecía haber regresado de entre los muertos—. Yo te ayudaré en todo cuanto necesites… Yo estaré a tu lado para que vuelvas a ser el mismo de siempre.

—Soy el mismo. Sólo que no puedo recordar, algunas cosas. Eso es todo.

—Pero te has acordado de mí, al menos —susurró ella—, pegando su rostro al del joven agente terrestre.

—Eso, sí. Sería difícil olvidar a una mujer como tú, Ivy.

—Ray… —se estremeció la muchacha, ebria de placer—. Nunca

antes de ahora me habías hablado así, cariño...

—¿De veras? —sonrió Neville—. Tal vez debí hacerlo, entonces. Me gustas. Me siento feliz a tu lado, Ivy. Eso sí que lo sé sin lugar a dudas, puedo asegurártelo.

—Oh, Ray, me haces tan dichosa... —gimió, apretándole con mayor fuerza, besando el lóbulo de su oreja, su cuello, sus cabellos, con ternura y pasión—. Aunque suena a blasfemia, casi prefiero haberte creído muerto por un tiempo..., porque ello ha hecho que vuelvas a mí de modo diferente. Antes sólo aceptabas mi amistad. Ahora... es algo más lo que insinúan tus palabras, tu comportamiento...

—Si es así, también yo me alegro. Es posible que ya no sea el mismo Ray Neville que conociste. Existen razones para ello, que no es del caso mencionar. Quizá el haber estado tan cerca de lo eterno le hace a uno cambiar de sentimientos, no sé, sea como sea, me siento feliz de haber vuelto... y de estar a tu lado.

En ese punto, ambos jóvenes se separaron. Un carraspeo de circunstancias les obligó a ello. Se volvieron. El subgobernador Klein, con una amplia sonrisaque no lograba borrar sino en parte el desconcierto de su mirada al fijarse en el hombre al que todos dieran por muerto, estaba en la puerta de la estancia, contemplando a su visitante.

—Lamento interrumpir —dijo con entonación cordial—. Pero tenía que darle la bienvenida, Neville. Y congratularme de que no haya sufrido la terrible suerte que todos imaginamos, aunque confieso que mi cuadro médico está estupefacto, comenzando por la doctora Van Ryjk, que no acaba de comprender el milagro de su resurrección.

—No hay tal milagro, señor —fue hasta él y estrechó con fuerza su mano—. Sólo se trata de una afortunada circunstancia. Warlak o su esbirro causó mi muerte clínica aparente, pero lo cierto es que mi cerebro había logrado bloquearse gracias a la *hibernicina*, y salvé la vida por ello.

—La doctora Van Ryjk dice que, aun así, debería estar usted mutilado, Ray —comentó el sorprendido Lester Klein, examinando perplejo el físico aparentemente intacto de su visitante—. Ella advirtió desgarros y daños, quemaduras graves en su brazo izquierdo, en su pierna derecha, en su pecho incluso, con posibles lesiones en la zona cardíaca...

—Un error clínico, sin duda —sonrió vagamente Ray,

encogiéndose de hombros y mostrando su físico—. Como ve, no hay en mí nada mutilado ni inválido…

Y movió ambos brazos, así como sus piernas, con gesto irónico.

—Sí, sí, ya veo —asintió gravemente Klein, sacudiendo la cabeza —. Resulta todo esto tan increíble, Neville. Es como si realmente hubiese regresado alguien de entre los muertos, ya que por tal le dimos durante todo este tiempo.

—Pues como ve, estoy vivo y muy vivo…, aunque como le acabo de confesar a su hija, no recuerdo nada del atentado que estuvo a punto de terminar conmigo de modo definitivo, y no sé siquiera si me hirió Warlak en persona, alguno de sus asalariados… o una persona cualquiera de esta misma Estación.

—Cielos… —resopló el subgobernador Klein—. Entonces es como si no supiera usted nada de nada.

—Así es. El gobernador de Estaciones Orbitales, su superior, el general Willard, al enviarme aquí de regreso, de acuerdo con mi jefe personal, el mayor Danvers sabía ya ese punto. Pero siguen pensando que si una vez estuve a punto de ganar la partida a Warlak y provoqué un atentado contra mi persona, puedo tener éxito definitivamente en la segunda ocasión…

—Sí, es una idea atinada. Además, usted es un experto en esta clase de misiones difíciles y arriesgadas Neville. ¿Esa ausencia de recuerdos se debe, acaso, a un tipo determinado de amnesia?

—Algo así. Pero puede ser una amnesia irreversible. Depende de que ciertas neuronas, dañadas por el rayo infratérmico, recuperen su normalidad, cosa bastante problemática por el momento.

—Dios mío, eso significa que podría estar viendo cara a cara a su asesino, darle la mano…, sonreírle amistosamente… y no saber que fue esa persona quien intentó matarle.

—Así es, señor —sonrió Neville, mirándole fijo— Podría ser usted, pongamos por caso, y estar mirándole ahora, sin sospechar siquiera.

—¡Neville! —se sobresaltó el subgobernador, pegando un respingo—. ¿Qué pretende decir con eso?

—No se alarme, señor —rio suavemente el agente de la Central de Investigaciones Internacionales e Interespaciales—. Era sólo una pequeña broma.

* * *

La cena en honor al invitado de excepción que era Ray Neville en Centuria-666 tocaba esa noche a su fin. Los módulos electrónicos emitían música ambiental suave, como fondo el rumor de conversaciones en torno a la mesa oval del comedor personal del subgobernador Klein, presidiendo la mesa junto con su hija Ivy. Esta sonreía radiante, hermosísima como nunca con su indumentaria plateada, brillando sus rojos cabellos bajo la luz radial del techo luminoso, y el vino suave y dulzón de las cosechas de Venus corría copiosamente a los postres, tras los exquisitos manjares servidos en honor al joven huésped regresado de la tumba.

Sigrid van Ryjk, la exuberante doctora, mostraba generosamente sus espléndidos y abundantes senos gracias al descote audaz de su indumentaria color rubí, mientras el joven y rubio Derek Quayle dirigía frecuentes miradas de rencor y despecho tanto hacia Ivy como a su vecino de asiento, Ray Neville. Los celos del joven experto en comunicaciones eran obvios. Neil Fraser, el oficial de Seguridad y Orden en el satélite orbital de observación cósmica, sonreía irónico al advertir esa situación entre los comensales elegidos por Klein para ocupar aquella mesa. Vincent Kelly, el asesor militar de la Estación, completaba el grupo de personas asistentes a la cena de gala, y su gesto era mitad abstraído, mitad preocupado, como si estuviera bastante ausente de aquel lugar en esos momentos.

—Ahora propongo un brindis —dijo por fin Lester Klein, poniéndose en pie con una copa de rojo vino en su mano—. Un brindis por nuestro invitado de honor, el gran Ray Neville, afortunadamente vuelto a la vida cuando todos menos podíamos esperarlo.

Se pusieron en pie la totalidad de los asistentes, conexcepción de Derek, que permaneció huraño, sentado en su asiento. Las copas se alzaron.

—Por Ray Neville —corroboró el capitán Neil Fraser—. ¿Qué le pasa, Quayle? ¿Usted no se une a nosotros en el brindis?

—No, lo siento —masculló el joven, sacudiendo negativamente la cabeza con gesto huraño—. No tengo ganas de beber más vino.

—Eso es una grosería, Derek —le señaló fríamente Ivy, tras tomar un sorbo y dirigir una mirada risueña y dulce a Ray.

—Métete en tus cosas, Ivy —replicó Quayle, tajante—. No creo que nadie pueda obligarme a brindar por el señor Neville. Esto no es una formación militar, supongo.

—Dices bien, Derek —suspiró apaciblemente el gobernador—. Pero sería muy poco correcto y nada civilizado comportarse como tú lo haces.

—Déjelo —intervino el propio Neville, dejando su copa en la mesa—. Creo que Quayle tiene razón. No existe motivo para obligar a nadie a algo que no desee hacer. Es posible que al amigo Derek no le sea yo demasiado simpático, después de todo…

—¡No, no me caes nada simpático, Neville, ya que lo menciona! —saltó airadamente Derek, enrojeciendo su rostro hacia la raíz de sus cabellos y poniéndose en pie de un salto—. ¡Por mí, podría haber seguido usted donde estaba, sin posibilidad de regresar jamás!

—¡Quayle! —habló duramente Klein ahora, fulminándole con la mirada—. ¿Qué modo de expresarse con un invitado mío es ése? Ahora mismo te exijo que presentes tus disculpas a Neville y rectifiques esas palabras que imagino fruto del vino y de un estado de nerviosismo a causa de nuestra lucha constante y fallida contra Warlak y sus huestes piratas…

—Me niego a presentar disculpas a Neville —cortó Derek, acerado—. Lo siento, señor. Si desea castigarme por falta de disciplina a su autoridad, lo acataré sin vacilar, pero Neville no va a escuchar de mis labios palabra alguna de escusa. Buenas noches a todos.

Salió brusco, violentamente casi, del comedor de Klein. Los presentes se quedaron silenciosos, coartados tras la reacción áspera del técnico de comunicaciones de la Estación. Klein miró apurado a su huésped, tratando de disculparse. Ray le interrumpió antes siquiera de que hablara:

—No, no tiene que decirme nada, señor —habló suavemente—. Disculpo a Derek Quayle. Creo que está enamorado de Ivy y siente celos, eso es todo. Olvidemos el incidente, por favor. Carece por completo de importancia.

—Eres magnífico, Ray —susurró Ivy, apretando su brazo tiernamente—. Yo no siento nada por Derek, ni siquiera afecto o simpatía, de modo que su actitud es absurda…

—Evidentemente, eso debe sucederte en todas partes a donde vayas —rio Sigrid van Ryjk, inclinándose sobre Ray de modo que casi le sepultó bajo el pleno volumen de su busto, apretándose a él procazmente, con mirada turbia por el vino y el deseo—. Eres un hombre adorable, Ray, capaz de volver locas a todas las mujeres…

Neville se apartó discretamente, con sonrisa de circunstancias y miró de soslayo a Ivy, cambiando entre ellos un guiño malicioso. En ese punto, Klein acudió en ayuda del acosado joven, anunciando algo e incorporándose en la mesa:

—Creo que es tarde y nuestro invitado estará ya fatigado por el viaje y todo lo que padeció antes de poderlo emprender. De modo que vamos ya a retirarnos a descansar, puesto que mañana tal vez sea un día particularmente agitado, sobre todo para el agente Neville, que no ha venido aquí por placer, sino a investigar un oscuro y peligroso asunto criminal. Neville, amigo mío, nuestro jefe de protocolo, el teniente Ashern, se ocupará de atenderle en todo, mostrarle su alojamiento y aplicar las adecuadas medidas de seguridad, para que no se repitan desgraciados sucesos como el que estuvo a punto de costarle la vida. Feliz descanso y hasta mañana.

—Buenas noches, señor —respondió Ray, mientras todos se incorporaban, las dos mujeres con más disgusto y decepción que los hombres—. A todos, gracias y feliz descanso. Ha sido una cena muy agradable, y me siento emocionado por las pruebas de afecto y cordialidad, amigos míos.

Se despidió con un beso de Ivy, y hubo de hacer lo propio con Sigrid, que de nuevo lo estrujó con sus fastuosos senos, exultantes de vigor y potencia, dando luego su mano al capitán Fraser, al asesor militar Kelly y finalmente al propio subgobernador Klein. Se retiró del comedor, reuniéndose con un joven y pecoso oficial de la guarnición de Centuria-666, el teniente Ashern, encargado del protocolo, quien le guio hacia su alojamiento dentro del recinto gubernativo del asteroide de observación espacial. Observó que funcionaba un nuevo sistema electrónico de seguridad, así como la presencia de dos parejas de guardia especial armada, provista de microvideófonos para comunicar entre sí y controlar la puerta de entrada a las habitaciones destinadas a él. Evidentemente, el subgobernador Klein no quería correrriesgos esta vez, con la seguridad de su invitado.

—Ha sido muy amable, teniente —se despidió Ray en la puerta, estrechando la mano del joven oficial—. Gracias por todo.

—De nada, señor. Es un placer atenderle. Si durante la noche precisa algo, no dude en utilizar el video-transmisor de llamada. Acudiré de inmediato a atenderle personalmente. Estoy de guardia toda la noche en esta ala del edificio.

—No dude que lo haré, si es preciso, pero no creo que sea éste el caso, no se preocupe, teniente Ashern —sonrió Ray, antes de cerrar la

puerta, que quedó de inmediato asegurada automáticamente mediante un cierre especial electromagnético.

Tranquilo por ese lado, tras comprobar que en las tres cámaras y aseo de que disponía su alojamiento, provisto asimismo de un visor de cristal blindado asomado al exterior del asteroide, a la negra noche eterna del vacío estelar, con sus miríadas de estrellas y las luminosas manchas galácticas, allá brillando; en lo remoto, Ray reflexionó un rato, mientras se desprendía de sus ropas para dormir en la amplia y confortable litera que le había sido destinada.

Aun desnudo, su pierna y brazo artificiales eran prácticamente inapreciables, dado el perfecto acoplamiento a su propio ser, así como resultaban invisibles las cicatrices de las operaciones habidas en su tronco para resolver sus graves problemas cardiovasculares, así como las de su cráneo, para el injerto de un microordenador que supliera en parte sus deficiencias cerebrales por atrofia de determinadas células. Aparentemente, aquel cuerpo era el de Ray Neville, intacto y en perfectas condiciones. Sólo él en Centuria-666, como Doc Yordan, Sheena Landis y el mayor Danvers en laTierra, sabían que era medio androide, un producto a medias entre la cibernética y lo humano, mitad obra de Dios, mitad del hombre, a partir de un estado de muerte clínica irreversible en apariencia.

—En fin, no puedo hacer nada ya por cambiar las cosas —suspiró resignadamente, tendiéndose en el lecho—. Soy un androide en gran parte, un cibernauta que viaja por el espacio cumpliendo sus tareas profesionales, con un cuerpo y un cerebro que no son totalmente míos ni completamente humanos. Debo aceptarlo todo tal como es, ya que me permite vivir y tener una segunda oportunidad… Me pregunto quién, de entre todos esos invitados a la mesa de esta noche, hábilmente elegidos por Klein, será la persona que me atacó y dio por muerto. Cielos, ¿por qué, por qué no puedo recordar algo tan necesario, tan vital para mí, como es el momento en que una de esas personas, aparentemente amistosas, con la excepción de Derek Quayle, apretó el resorte de disparo de un arma infratérmica, apuntando a mi persona?

Y se apretó la cabeza entre ambas manos, procurando no presionar demasiado con su terrorífica zurda de acero revestido de plástico color carne, en un esfuerzo impulsivo pero perfectamente inútil por recordar, por obtener de su mente una imagen por el momento imposible…

Se quedó profundamente dormido mientras pensaba en todo ello.

Cuando despertó, supo de nuevo que la Muerte estaba frente a él. Y esta vez, en forma de la persona del joven y afable teniente Ashern, su encargado de seguridad y jefe de protocolo en Centuria-666.

El pecoso y amable joven de uniforme estaba inclinado sobre él, intruso en su alojamiento, a punto de asesinarle…

CAPÍTULO VI

De inmediato, Ray Neville identificó el arma temible que el oficial esgrimía en su mano, pese a ser arrancado del sueño tan bruscamente, quizá por simple instinto de conservación, por un oscuro presentimiento de peligro, originado por su sensible subconsciente.

Era una pistola de rayos desintegradores, capaz de disolver acero puro a más de cien yardas de distancia, o de perforar un muro de hormigón con un solo impacto. Si Ashern, ahora con fría, dura mueca de malignidad en su joven rostro pecoso, llegaba a presionar aquel resorte de disparo, en escasos segundos su cuerpo todo, artificial o humano, se disolvería en forma de gas, desintegrado por un atomizador de escalofriante efectividad.

Fue su brazo izquierdo el que, con una rapidez mecánica, fría y despiadada, movido a medias por su cerebro, sus nervios y sus circuitos cibernéticos, salió disparado de súbito, con una contundencia y precisión que jamás hubiera podido tener un brazo totalmente humano, y que sorprendió por completo al asesino.

Ashern lanzó un grito ronco de espanto al sentir cómo aquella mano, aparentemente normal, golpeaba su brazo armado, con un crujido atroz de huesos rotos, y de sus dedos, repentinamente fláccidos e inútiles puesto que los nervios y tendones que los unían al resto de su brazo acababan de ser rotos por la devastadora fuerza del brazo zurdo de Ray Neville, dejaban caer el arma asesina al pavimento, donde chocó sordamente

Ashern, sin embargo, pese al sordo berrido de dolor que exhaló, con faz convulsa, repentinamente lívido a causa del efecto lacerante que le producía el repentino destrozo de su brazo derecho bajo aquel impacto increíble, tuvo aún ocasión de utilizar su mano zurda, empuñando un largo, afilado cuchillo electromagnético, cuya hoja de metal brillaba con destellos azules, emitiendo un fugaz chisporroteo en su filo y punta. Si aquél o ésta llegaban a tocar simplemente la piel de la víctima, ésta quedaría inmediatamente electrocutada, desgarrándose su sangre para absorber la totalidad de la hoja en mortífera cuchillada.

De nuevo el brazo izquierdo de Ray se disparó cruzado, contra el agresor de homicidas intenciones. Pero no le alcanzó en la mano armada del cuchillo, sino en pleno rostro.

Fue algo horrible. Como si un pesado mazo de hierro o una esfera de púas medieval hubiera martilleado la cabeza del oficial Ashern, éste retrocedió, con medio rostro triturado, la nariz astillada, la mandíbula rota, un ojo hundido entre fragmentos de huesos faciales aplastados, y parte de su parietal deformado. Bocanadas de espesa sangre brotaron por boca, nariz y oídos del desdichado agresor. Con una indescriptible mezcla de horror, incredulidad y dolor infinito, miró a Ray con el único ojo sano dilatado por el estupor, y cayó de espaldas, revolcándose en espasmos que señalaban una agonía insufrible.

—Lo siento, amigo —jadeó Neville, incorporándose e inclinándose sobre el caído, que se abatía en su agónico trance, con medio tronco hundido—. Aún no he aprendido a medir bien la fuerza de mis miembros artificiales. Debí decirte antes de que intentaras algo parecido, que parte de mi cuerpo es el de un androide...

El moribundo le miró con desesperación desde su rostro medio destrozado, y jadeó algo confuso, con media boca desfigurada y rota por el golpe alucinante de la zurda de Neville.

—Fue... orden... de Warlak... Yo... no quería..., pero Warlak... lo dispuso... y no podía... negarme...

—Warlak otra vez... —murmuró Neville, sombrío—. ¿Sabes quién es él?

La cabeza deformada se movió, en espasmódico gesto negativo. Pero de los labios del moribundo brotaron unas palabras más, apenas audibles entre los vómitos que sufría:

—Warlak... lo encontrarás... en... «Franja Rainbow... tres... dos... nueve»... Allí él..., él...

Exhaló un estertor largo, profundo, en medio de una hemorragia final, y se quedó inmóvil, la cabeza echada hacia atrás, su único ojo vidrioso, en el rostro medio destrozado. Estaba muerto.

Ray suspiró, poniéndose en pie. Caminó mecánicamente hacia el videotransmisor de emergencia, para hacer una llamada.

* * *

La nave monoplaza se desplazaba vertiginosa entre las zonas repletas de satélites, asteroides o viejas estaciones espaciales automáticas, sin ocupantes humanos como en las más amplias y modernas.

Al mando de los controles de la rápida y ligera nave, Ray Neville permanecía rígido en su asiento, la mirada fija ante sí, en el negro espacio tachonado de rutilantes astros. Atrás quedaba momentáneamente su punto de partida, Centuria-666. Estaba realizando un viaje que citó a todos como simplemente rutinario, en busca de rastros de Warlak y sus huestes de piratas.

Ello no era totalmente cierto, aunque no podía descartarse nunca que pudiera encontrar en cualquier parte un rastro, un indicio cualquiera que le condujera hasta el misterioso, siniestro y desconocido pirata del espacio. Lo cierto es que iba tras del rastro que le diera, antes de morir, el oficial Ashern, con sus enigmáticas palabras.

De ellas nada había dicho en la estación orbital cuando dio cuenta de lo sucedido aquella noche. Pare Klein y su personal había resultado una gran sorpresa saber que Ashern pretendía asesinarle por orden de Warlak. Nadie en el asteroide artificial, pudo sospechar jamás que el joven oficial encargado de mantenimiento y protocolo pudiera ser un hombre al servicio de Warlak, un traidor peligroso, infiltrado en la Estación Observadora. Preguntado sobre si pudo ser el propio Ashern quien disparó sobre Ray anteriormente, éste nada pudo decir. Desgraciadamente, seguía sin acordarse en absoluto de nada relativo a aquel atentado criminal en el que virtualmente Warlak logró su anhelo de deshacerse de su enemigo, aunque luego la ciencia de Doc Yordan lograra devolverle a la vida.

Ahora, el cibernauta en que se había convertido Ray Neville con aquellas prótesis mecánicas en su cuerpo, iba pensando en todo ello, mientras navegaba hacia *Franja Rainbow*.

En realidad, *Franja Rainbow* no era sino una antigua banda de asteroides, en los que se situaron en el pasado estaciones automáticas terrestres de observación cósmica, carentes de tripulación, y actualmente casi en completo desuso. Se preguntaba Neville qué era lo que podía haber allí ahora, relacionado con Warlak, y si acaso las palabras agónicas de Ashern no serían en sí la primera pista positiva que condujera al anónimo corsario espacial de la negra máscara de acero.

Su nave aceleró al dejar atrás las zonas más pobladas de cuerpos celestes, naturales o artificiales, para proyectarse a enorme velocidad a través del espacio vacío, hasta alcanzar los límites de la llamada *Franja Rainbow*, quizá conocida por ese nombre a causa del variado colorido, a la luz de los astros y del sol, de sus mil cuerpos celestes, siempre flotando en eterno giro sobre la órbita terrestre[1].

Ciertamente, desde los vivos anaranjados hasta los azul metálicos, pasando por rojos brillantes, deslumbrantes blancos y plateados o dorados cuerpos artificiales, se agrupaban allí toda clase de tonos y colores imaginables, a los que el mágico resplandor azul de las luces cósmicas prestaban un aire fantasmal y mítico, como un universo extraño, fantástico, en los límites de lo irreal.

Hábilmente, Ray hizo evolucionar su nave a través de los cuerpos celestes de todo tipo que poblaban aquella región celeste. Era un experto astronauta, y su actual cerebro en nada se veía mermado en facultades a causa de la amnesia parcial, quizá porque su cibernético módulo injertado, el microordenador programado minuciosamente por Doc Yordan, compensaba en gran parte cualquier deficiencia psíquica, aunque fuera incapaz por sí sólo de devolverle la totalidad de si memoria.

Manipuló su ligero y ágil monoplaza hasta alcanza el cuadrante 239, de las cartas celestes oficiales, ya que ésta y no otra debía ser la significación de las extraña palabras de Ashern al morir, cuando citó esos tres números: 2, 3, 9.

Alcanzó el punto buscado. Flotó mansamente, parando los turbo-reactores de su vehículo, y escudriñó el sector acotado por los límites fosforescentes de color verde que señalaban en un plano cósmico el área total de la llamada «zona 239».

Sólo había allí un asteroide. Era el único cuerpo celeste visible en toda la zona. Por tanto, no cabía duda de que a ese objeto se refería la póstuma revelación de sicario de Warlak en Centuria-666.

Era un viejo satélite artificial terrestre de la tercera época. Cuando aún la conquista de Venus y otros planetas ya colonizados era pura utopía para la astronáutica internacional, ya fuese soviética o norteamericana Un componente de la llamada «serie Ícaro», ahora en completo desuso, con su exterior abollado y desguazado en parte por los impactos de asteroides naturales y meteoritos de todo tipo. Numerosos boquetes se abrían en su fuselaje deslucido y vetusto, recuerdo de unos recursos técnicos ampliamente superados por el hombre.

Ray Neville procuró conducir su nave ahora con toda cautela, sin aproximarse demasiado al asteroide. Una vez paralizada de nuevo la marcha, se ajustó las ropas espaciales, aplicó su escafandra plástica, tomó sus armas y abrió la escotilla, saliendo al exterior. Adosado a su espalda, un turbo-reactor individual podía conducirle, rápida y silenciosamente, a través del vacíoestelar, hasta cualquiera de los

grandes boquetes oscuros, abiertos en el exterior de la solitaria forma espacial que flotaba olvidada en la «zona 239» de la *Franja Rainbow.*

Llegó hasta el punto elegido. Aplicó sus zapatos magnéticos a la superficie externa del asteroide artificial, y empuñó su arma de rayos ultraláser, reglamentaria en los agentes de la Brigada de Búsqueda de la Central de Investigaciones. Se movió cauto, silencioso, hacia un cercano boquete que abría su desgarrada amplitud en el exterior esférico del viejo satélite de la Tierra.

Asomó a su interior, virtualmente colgado del vacío, gracias a la inercia carente de gravedad en el espacio. No descubrió nada y accionó el filtro de infrarrojos de su visor de la escafandra, al tiempo que presionaba un botón de su cinturón.

La hebilla circular de éste se convirtió en un foco proyector de potente luz infrarroja, que su filtro visual convirtió en claridad perceptible para sus ojos. A ese resplandor fantasmal, le fue posible descubrir el tenebroso interior del maltrecho asteroide artificial.

Y vio a los hombres allí alojados. Al menos, a dos de ellos, si es que habían más en su interior.

Evidentemente, eran hombres de Warlak, el pirata. Por algo lucían negros uniformes metálicos, con la letra W sobre una calavera fosforescente, en medio de su pecho acorazado. Unos negros cascos sobre sus cabezas también brillaban con el destello lívido de una calavera luminosa, con la inicial del corsario más temido del espacio.

Ray Neville dominó su excitación. La pista de Ashern había resultado positiva. Al fin se encontraba con esbirros de Warlak en alguna parte. Tal vez aquél erauno de los numerosos escondrijos de los piratas en el vacío cósmico.

Los dos esbirros de Warlak no podían advertir su presencia porque estaban muy entretenidos practicando ante una pantalla estereoscópica complicados juegos electrónicos, de espaldas a él. Se ocupaban sin duda de ocupar aquella entrada, pero su confianza en que absolutamente nadie en todo el Sistema Solar podía conocer su escondite y visitarlo, les hacía estar excesivamente seguros y confiados, entregándose a sus diversiones favoritas. Ray sonrió duramente al moverse sin producir ruido alguno en el vacío, y procurando en todo momento mantenerse pegado al fuselaje del satélite artificial, lo cual dificultaba su captación por cualquier detector basado en el radar.

Se deslizó así en su interior sin dificultad alguna. Avanzó hacia

sus enemigos situados entre la multicolor pantalla que fingía formas y figuras que sólo existían en sus circuitos programados, para deleite de ambos jugadores, absortos en las fantasías electrónicas que creaban a su antojo.

Súbitamente, uno de ellos pareció intuir algo. Giró la cabeza, tal vez por ello o movido por una simple rutina motivada por el recelo. Y vio a Ray Neville.

—¡Cuidado! —gritó a su compañero, echando mano a su arma eléctrica, colgada de su ancho cinturón negro—. ¡Un intruso en el asteroide!

El otro soltó un juramento, se olvidó de sus juegos y se revolvió, imitando a su compañero. Ambas armas salieron de sus fundas para encañonar al recién llegado.

Ray no les dejó ir más lejos. Su mano apretó el resorte de disparo. Su pistola de largo cañón proyectó un frío rayo ultraláser, centelleante y cegador, de vivo tono blanco brillante. Al envolver a los dos hombresen una especie de halo luminoso, los desintegró en fragmentos tan pequeños como simples partículas de polvo. Este, también luminoso por un momento, brilló en el interior del asteroide al desprenderse lentamente hacia el suelo. Allí, se tornó opaco y grisáceo. De los dos piratas no quedó el más mínimo rastro.

Pero el silbante zumbido del proyectil luminoso, al brotar del arma, había provocado la alarma sónica. De alguna parte surgió el alarido ronco de una sirena automática, activada por el sonido del arma disparada. Y se extendió por todo el interior del viejo cuerpo celeste construido por el hombre en otros tiempos.

Del interior del mismo comenzó a aparecer gente. No eran muchos, al parecer, pero suficientes para constituir un poderoso adversario para un hombre solo. Todos ellos de negro uniforme corsario, con el emblema fatídico de Warlak en el pecho y en el negro casco de acero. Ray contó hasta siete hombres apareciendo por diversas galerías semidestruidas, confluyendo hacia él.

Su mano zurda, aquella terrible mano de metal y plástico que ocultaban los circuitos de su parte androide, empuñó ahora un objeto oval, cristalino y opalescente, que enarboló un momento, antes de arrojarlo contra los que venían.

Pese a la todavía amplia distancia, que le separaba de ellos en el vasto recinto interior, su poderosa mano proyectó el objeto sin dificultad, hasta que golpeó el suelo, delante del grupo de enemigos.

Se levantó una oleada de fuego, estruendo y destrucción dentro del viejo cuerpo terrestre. Alaridos de dolor y de agonía se entremezclaban con el crujido áspero del metal y del plástico al reventar, desgajado por la fuerza expansiva de la carga que acababa de estallar justo ante los mismos pies de los piratas del espacio.

La mayor parte de éstos, mutilados y bañados en sangre, saltaron por los aires violentamente, bajo la implacable mirada de su solitario enemigo, un hombre que volvía de la muerte y no daba cuartel a los asesinos del siniestro Warlak.

Los dos que sobrevivieron, heridos pero sin sufrir daños irreversibles, arrojaron sus armas, aterrados, y alzaron los brazos, en señal de rendición. Al parecer, no quedaba ninguno más de guarnición en aquel escondrijo cósmico, juzgó Ray Neville, estudiándoles con fría mirada a través del plástico curvo de su escafandra espacial.

—¡No dispare, nos rendimos! —gritó uno de ellos, con el rostro cubierto de sangre a causa de un profundo corte en su frente—. Por favor, no dispare…

—Debería mataros a todos, ratas miserables —silabeó Neville con rabia—. Vosotros nunca tenéis piedad de vuestras víctimas. Son varias las naves espaciales asaltadas por vuestra pandilla, y en las que no hubo un solo superviviente.

—¡Eran órdenes de Warlak! ¡Nadie puede oponerse a lo que él ordena! —gimió el otro pirata, compungido.

—Quiero creeros, porque no soy tan desalmado como vosotros —dijo Ray, avanzando hacia ellos sin desviar de sus cuerpos su temible arma de rayos ultraláseres—. Poneos contra la pared y no intentéis nada o seguiréis la suerte de vuestros camaradas. Sois mis prisioneros.

—Cualquier cosa será mejor que quedarnos aquí cuando Warlak regrese —jadeó uno de ellos—. Nos mataría a ambos sin vacilar, por haber permitido que sucediera esto. Es un ser implacable.

—Yo también. Pero no soy un canalla como él. Ahora vais a decirme cuándo vendrá él a este asteroide.

—No vendrá. Nunca —dijo roncamente el interrogado, mientras se apoyaban ambos en el muro. Ray llegaba junto a ellos y les rodeaba las muñecas con unas delgadas pero potentes fibras de metal que, apenas enroscadas en torno a sus brazos, se cerraron automáticamente, accionadas por un resorte electromagnético.

—¿Cómo es eso? No me creo vuestras palabras —Neville arrugó el ceño.

—Es la pura verdad, señor. Warlak ya sabe que sucede algo en este lugar, y que hay intrusos en él.

—¿Cómo es posible? No ha habido tiempo para transmitirle a él mensaje alguno…

—No es necesario. Posee un potente detector conectado con sus madrigueras. En cuanto sucede algo anormal en una de ellas, su detector lo señala, mediante una conexión a larga distancia. A estas horas, donde se halle. Warlak sabe que su refugio de *Franja Rainbow* ya ha sido descubierto. Si no puede acudir de inmediato con sus fuerzas, lo borrará de su paso habitual y lo sustituirá por otro.

—Vuestro amo y señor es muy astuto —silabeó disgustado Ray—. ¿Qué es lo que él oculta aquí, para haber dejado una guarnición tan nutrida en un lugar tan desolado?

Los dos cautivos se miraron, amedrentados, sin atreverse a hablar. Ray les apremió, apoyando su arma en la cabeza de uno de ellos.

—¡Hablad o aprieto el disparador y os convierto en polvo de inmediato! —bramó.

—¡No, no haga eso! —sollozó el amenazado, palideciendo mortalmente—. Se lo diremos. Después de todo, va a descubrirlo por sí mismo no tardando mucho, en cuanto explore este lugar… Pero Warlak jamás nos perdonará esto. Nos hará matar allí donde estemos…

—No temáis. Os garantizo vuestras miserables vidas si cooperáis. Warlak no podrá daros alcance, pese a su largo brazo, si os entrego a la justicia terrestre. Esta será dura con vosotros, ya lo sabéis, pero no peor que la de Warlak. En todo caso, como piratas, seréis condenados a largos años de trabajos en las nuevas Colonias de Júpiter. Un sitio inhóspito y poco agradable para vivir, pero al menos viviréis. ¡Hablad, pronto!

—Aquí…, aquí se oculta parte del oro robado al turbocorreo espacial que circula entre la Tierra y Colonia Venus… Hay unos cinco millones de créditos-oro en el interior de este recinto. Nosotros protegíamos esta fortuna de todo posible riesgo… Warlak dispersa sus botines por todos sus refugios, para no perderlo todo de una sola vez, si las cosas van mal.

—Insisto en que tenéis un amo muy astuto. ¿Vais a decirme dónde están esos otros refugios suyos?

—No podemos, señor. Palabra que no podemos. Ni siquiera a sus más íntimos revela él esos datos. Unos y otros estamos obligados a no revelar nunca a un camarada su emplazamiento en una madriguera, bajo pena de muerte inmediata.

—No os creo. Algo debéis saber. Decidlo, y tal vez os libre incluso de ir a trabajos forzados a Júpiter...

—¡Le juro que no es posible, señor! —susurró el otro prisionero—. Es la pura verdad: nadie sabe nada de los demás. Cada grupo de guarnición cuida de su propio recinto, ignorando dónde se hallan los otros. Sólo Warlak sabe todo eso.

—Os tendré que creer, ya que no renunciaríais tan fácilmente a libraros de esa condena. Está bien, vamos a buscar ahora ese oro. Volverá a sus legítimos dueños, a la espera de que el resto del botín aparezca también. En marcha.

—Sí, sí, señor —jadeó uno de los prisioneros—. Es más, podemos mostrarle la sala de asambleas donde nos reunimos a veces con el jefe, en este asteroide. En ella puede encontrar su módulo...

—¿Módulo? —Neville arqueó las cejas—. ¿Qué módulo?

—El que utiliza para modular su voz de forma distinta a la suya real. Es un adminículo electrónico que ajusta bajo su máscara. Ello produce una falsa voz metálica, que en nada se parece a la suya verdadera, que ninguno hemos oído jamás. Ese módulo está junto a su indumentaria para las asambleas, en la cámara de reuniones...

—Será interesante examinar ese módulo... —comentó Ray pensativo, guiado ahora por sus cautivos, sin que se confiara lo más mínimo en ellos, a los que siempre cubría precavidamente con su arma—. Tal vez pueda darnos una clave sobre la identidad real de ese fantasma asesino que os dirige...

CAPÍTULO VII

En profundo silencio le escucharon los presentes, cambiando entre sí miradas de sorpresa y admiración. Tanto el subgobernador Klein como su hija, Derek Quayle, Sigrid van Ryjk, el capitán de Seguridad Fraser y el asesor militar de Centuria-666, Vincent Kelly, estaban presentes en la reunión que tenía lugar a bordo de la Estación Observadora.

Ray terminó su relato, depositando sobre la mesa el objeto metálico, semicircular, dotado de unos electrodos adherentes a una boca humana fácilmente. Todos lo contemplaron atentamente.

Era un ingenio pequeño, de tipo electrónico, dotado de una serie de láminas vibrátiles y de circuitos amplificadores, todo ello en pequeño tamaño, regido por un microordenador que controlaba volumen y matiz del sonido resultante. Derek, olvidándose de sus rencillas personales con Neville, se aproximó al adminículo.

—Es muy interesante —comentó tras su examen—. Es un módulo para alterar la voz a voluntad, y aprovechar los sonidos propios, emitidos por una garganta humana, para alterarlos en forma de una voz radicalmente distinta, amoldable al gusto de su propietario.

—Así es —asintió fríamente Ray—. Este módulo, aplicado entre la máscara y la boca de Warlak, alterasu voz hasta hacerla totalmente distinta a la suya propia. De este modo, no existe grabación posible que pueda ser analizada por una computadora posteriormente, para identificar el sonido original y acusar a su dueño. No hay duda de que nuestro corsario del vacío lo ha prevenido todo, absolutamente todo.

—¿Y puede tener alguna utilidad ahora? —interrogó el subgobernador Klein.

—No lo sabemos —confesó Neville—. Pero no alterando su actual programación, tenemos un determinado sonido a obtener mediante ese aparatito, si lo aplicamos a nuestra boca. Eso es lo que me dio la idea.

—¿Qué idea, Ray? —se interesó vivamente Ivy, contemplándole con expresión fascinada.

—Una muy simple: vamos a hablar todos nosotros a través de ese chisme. El resultado, una vez grabado, será pasado a través de una

computadora especialmente programada con la única grabación que poseemos de la voz de Warlak: aquélla en la que transmitió tiempo atrás un mensaje en forma de ultimátum a la Colonia Luna-Seis, exigiendo la inmediata rendición y entrega de sus provisiones de *selitium* y de *walium*, los dos minerales radiactivos que necesitaba para alimentar su centro energético propio, situado en su cuartel general. Esa grabación se guardó en su día y ahora podemos compararla.

—¿Compararla con qué? —dudó Quayle—. Haría falta tener al propio Warlak para conseguir con ese aparato una voz idéntica a la que producirá cuando él hable a través del mismo…

—A eso, exactamente, me refiero —sonrió Neville fríamente—. La computadora dirá sin lugar a dudas quién es Warlak, de entre todos ustedes.

—Pero ¿qué está diciendo? —protestó el capitán NeilFraser, enrojeciendo—. ¿Nos acusa de algo a nosotros?

—No, capitán —sonrió Ray—. Sólo afirmo que Warlak es uno de ustedes. Una persona que estuvo en Aníbal-2, que está en Centuria-666… y que conoce, gracias a su privilegiada situación en este centro observador espacial, muchas cosas que, de otro modo, le sería imposible conocer, pese a toda su poderosa organización criminal, señor Quayle.

—Dios… —masculló Vincent Kelly, perplejo—. Nos acusa de ser Warlak…

—Sólo a *uno* de ustedes —replicó Neville—. Esa es mi sospecha.

—Y la mía, Ray —corroboró Ivy con espontaneidad—. Digan todos lo que digan, yo también pienso así.

—Eso es una estupidez —rechazó la exuberante Sigrid van Ryjk —. No puedo admitir que nadie de aquí sea Warlak.

—Lo que usted admita o no, carece de importancia, querida Sigrid —dijo con sequedad Ray—. Como agente del gobierno de la Tierra, exijo que esa prueba se lleve a cabo hoy mismo en Centuria-666. Y que los resultados se comparen, en cuanto sea posible, con la grabación de la voz de Warlak. La computadora resolverá ese enigma en poco tiempo, apenas analice los sonidos obtenidos con la prueba.

—Estoy de acuerdo con eso —apoyó Klein resueltamente—. Es preferible tener una certeza, por desagradable que sea, a estar lleno de

dudas, sospechas, recelos e incertidumbres acerca de todos nosotros. Adelante con el experimento, Neville.

—Gracias, señor. Dispóngalo todo para dentro de una hora —rogó Ray—. Será lo mejor para todos, estoy seguro…, menos para Warlak, naturalmente.

* * *

—¿Esperas realmente conseguir algo positivo, Ray?

—Sí, Ivy —afirmó el joven agente, paseando junto a la muchacha por los largos y asépticos corredores de Centuria-666, camino de la cafetería, donde esperarían a que todo estuviese a punto para la prueba, una vez obtenida copia magnética de la grabación de la voz de Warlak, transmitida desde los archivos de la Central de Investigaciones Internacionales e Interespaciales de la Tierra—. Si existe alguna forma de descubrir quién es Warlak, ésa es la única posible a nuestro alcance. Una computadora no puede equivocarse. Pese a cuanto pueda manipularse con ese ingenio para alterar la propia voz, la máquina detectará ciertas flexiones y matices propios de la voz original, a través de las grabaciones conseguidas.

—Estoy orgullosa de ti, Ray —confesó la joven—. No sólo has recuperado casi la mitad del oro robado en el asalto al turbo-correo, sino que has aniquilado a varios piratas, conseguido dos prisioneros y obtenido una evidencia que puede ser definitiva en la lucha contra ese corsario asesino.

—Hubo suerte, eso es todo.

—Ahora me imagino la ira de Warlak —rio la joven—. Perder cinco millones, un refugio secreto y un grupo de adictos esbirros, habrá sido un rudo golpe para él…

—De eso no me cabe duda. Pero Warlak posee una gran capacidad de reacción, lo ha demostrado repetidas veces. Estoy seguro de que se recuperará y devolverá golpe por golpe, como en él es habitual, a menos que dentro de un par de horas, gracias a ese módulo fonético, tengamos la prueba que le acuse de un modo definitivo.

—Dios lo quiera —suspiró la joven, apoyándose en su brazo—. Eso será como terminar con una pesadilla. Desde los tiempos en que papá gobernaba en Aníbal-2, no he oído sino ese nombre: Warlak, siempre Warlak… Es como una obsesión para todos nosotros.

—También lo es para mí, puedes creerlo —suspiró Ray, tocándose

la cabeza—. Y pensar que en alguna parte de ese cerebro mío está tal vez la imagen deseada, el rostro verdadero de Warlak… ¡y no puedo recordarlo!

—Cálmate —le rogó Ivy, apretando el brazo y apoyándose en él tiernamente—. Cálmate, Ray, te lo ruego. Cálmate y tómalo con serenidad, hasta que sea posible recordar. Quizá ni llegues a necesitarlo, si hoy alcanzas la soñada respuesta, cariño…

—La respuesta… Sí. Necesito respuestas para muchas cosas, Ivy —confesó él, deteniéndose ante la puerta de la cafetería, volviéndose hacia ella y tomándola por ambas manos—. Sobre ti, sobre mí también…

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Es todo tan confuso. Sé que me atraes, que siento algo por ti. Pero me preocupa otra mujer…

—¿Sigrid?

—No, no —sonrió Ray a su pesar—. No hablaba de ella, sino de una mujer de la Tierra.

—¿Sheena?

—Sí, ése es su nombre. Sheena Landis. ¿Cómo lo sabes?

—La mencionabas a veces en el pasado, antes de…, de sufrir ese atentado —los hermosos ojos violeta se nublaron—. Parecías quererla, sentir algo por ella…

—¿Era así realmente?

—Sí. Y a mí no me hacías tanto caso como ahora, lo confieso. Me pregunto quién es el verdadero Ray Neville, si aquél de entonces… o éste de ahora, querido. Y quisiera que fueses tú el de ahora, que fuese yo tu elegida y no Sheena…

—No sé. La respuesta no está en mí solamente, sino en quien sea yo, realmente. Ivy, ¿serías capaz de comprenderme y de aceptar lo que mi corazón elija en su momento, cuando esté completamente seguro de mí mismo y de mis sentimientos?

—Sabes que sí —ella sonrió dulcemente, con gesto esperanzado—. Esperaré a saber lo que tú piensas y decides… y lo aceptaré, sea ello lo que sea.

—Gracias, Ivy —se inclinó y besó sus cabellos. Ella se estremeció —. No olvidaré nunca ese rasgo tuyo. Ahora, entremos a tomar algo. Nos espera un día laborioso y tenso.

Ella asintió, y ambos jóvenes penetraron en el local para relajarse momentáneamente y tomar algo que les confortase, de cara a la dura prueba que iban a tener que afrontar de inmediato.

* * *

La prueba estaba en marcha en la amplia cámara destinada a centro de computación de datos en Centuria-666. Ante un micrófono, era Lester Klein, el subgobernador colonial encargado de regir los destinos de la Estación orbital, quien prestaba su voz a aquel módulo acoplado a su boca, que le confería un extraño aspecto, y emitía unas palabras —leídas de un texto idéntico en todo al obtenido mediante el envío del famoso ultimátum de Warlak a los colonos lunares, un año atrás—, cuya sonoridad, potencia y timbre resultaban tan insólitos como impresionantes.

Aquella voz metálica, fría, deshumanizada, dominadora y vibrante, lograba causar un raro efecto en sus oyentes. No había duda de que estaba destinada a impresionar a los subordinados de Warlak y darle a su misterioso jefe una dimensión irreal, sobrehumana, que sin duda no poseía el auténtico forajido.

Una grabadora ultrasensible iba registrando la captación de esa voz en sus más sutiles matices. Uno a uno, irían todos hablando a través del módulo idénticas palabras, y se comprobaría que, con el simple oído, por agudo que éste fuera, era materialmente imposible diferenciar una voz de otra. Sería necesaria la computadora analizase sus más mínimos detalles, para obtener un resultado, fuera el que fuese.

Así fueron pasando, uno por uno, todos los componentes del grupo de sospechosos, formado por el propio Klein, su hija Ivy, Derek Quayle, Sigrid van Ryjk, el capitán Neil Fraser y el experto en asuntos militares Vincent Kelly.

Al término de la grabación, Neville respiró hondo, tomando la grabación en el paquete magnético correspondiente. Se aproximó a Klein.

—¿Está ya a punto la computadora, señor? —interrogó.

—Espere a saberlo, Neville —suspiró el subgobernador, tomando el videófono.

Comunicó con la sala de cibernética y mantuvo una breve conversación con los técnicos. Se volvió luego a Ray.

—Aún no —informó—. Están programándola ahora. En cuestión de una hora podremos efectuar la comprobación definitiva. Quieren que no haya margen para el más leve error, y eso lleva tiempo, debido a lo complejo del mecanismo del módulo fonético, que cambia virtualmente todas las inflexiones de voz y altera la original de modo muy complicado. Sería terrible acusar a alguien que no fuese culpable realmente.

—En efecto, señor. Esperaremos… —dijo Ray, pensativo, con la grabación en su mano.

En ese momento, una voz llamó por los altavoces de la cámara:

—¡Alerta general! ¡Estamos siendo atacados desde el exterior!

De inmediato, comenzaron a ulular sirenas en Centuria-666, oscilaron luces rojas en los muros, y todo se estremeció, sacudido por un violento impacto. Los ocupantes de la sala fueron lanzados violentamente contra los muros, chisporrotearon algunos circuitos electrónicos, y las luces oscilaron con fuerza, para terminar extinguiéndose.

La oscuridad se hizo total en la estancia. Ray se sintió lanzado con fuerza contra un panel electrónico que despedía humo y chispas, y oyó gritar agudamente a las mujeres. Una sorda imprecación, en la voz de Klein, retumbó en la sala:

—¡Infiernos! ¡Emergencia general! ¡Cierren compartimentos estancos, pongan en actividad sistema de defensa y rechazo! ¡Informen de daños y de la naturaleza del ataque!

Por los altavoces llegó la respuesta de Control:

—Son proyectiles teledirigidos, lanzados hacia Centuria-666, desde una nave en situación variable, fuera del alcance de nuestros proyectiles ligeros, señor. Hay daños en la central energética y en los sistemas de defensas de la Zona Seis. También parece haber heridos, pero no muertos…

—¡Utilicen la pantalla protectora magnética, y dispongan cargas de gran potencia y alcance! —ordenó Klein furioso—. ¡Debe ser un ataque de Warlak, no hay duda!

De nuevo tembló el recinto y fueron desplazados sus ocupantes de un lado a otro, cuando un nuevo impacto alcanzó la Estación. La

oscuridad se extinguió poco después, encendiéndose las luces de emergencia, más débiles, pero suficientes para la actividad normal.

—Tengo que ocuparme de esto —dijo sordamente Ray Neville—. Puedo alcanzar con mi nave a ese vehículo agresor.

—¡Pero le pulverizarían de inmediato, Neville! —protestó Klein —. Debe tratarse de un acorazado espacial tipo *Tritón-B*. Recuerdo que Warlak robó uno en Aníbal-2.

—Sin duda lo es, dada la potencia de cargas que utiliza. Pero seguirá hostigándonos si no hacemos algo pronto. Pese a lo pequeño y liviano de mi vehículo, puedo hacer algo por alejar de nosotros a esos piratas, señor.

—Sé que es usted un cosmonauta de primera fila, Neville, pero no debe arriesgarse en esta batalla contra fuerzas tan superiores...

—Cuando menos, lo intentaré —sonrió fríamente Ray—. Que alguna persona de total confianza se haga cargo de la grabación obtenida y del módulo, por si fuera preciso repetir la operación, señor.

—Bien. El profesor Arden, de Cibernética, y el suboficial Ingram, de Servicios Especiales de Defensa, pueden hacerse cargo de todo eso con total confianza. Que les acompañen otros dos hombres armados, por si acaso, en una cámara de máxima seguridad, en la Zona B-l de la Estación, ¿le parece bien?

—Sí, perfecto. Avísales. Les entregaré personalmente grabación y módulo, antes de partir —dijo Neville resueltamente—. Perdonen si no me fío de ninguno de ustedes seis. Siguen formando la lista de sospechosos, les guste o no.

—Lo entiendo perfectamente, Ray —dijo Ivy, serena—. No tienes que disculparte conmigo.

—Todo esto es ofensivo —se quejó Derek Quayle ásperamente—. Pero parece ser usted aquí el amo, Neville, y habrá que callarse.

—Su comentario carece de oportunidad, Quayle —le reprochó con frialdad Klein—. Neville es aquí un representante del gobierno y tiene prioridad total en todo, sépanlo de una vez cuantos me escuchan.

—Gracias, señor —comentó Ray—. A mí tampoco me gusta esto, pueden creerme. Sólo trato de evitar mayores molestias a cinco inocentes, eso es todo...

Momentos más tarde, el profesor Arden, de Cibernética, y el suboficial Ingram, de Defensa, se hacían cargo de los objetos, que introdujeron en una caja metálica, llevándoselos consigo, con el apoyo de dos hombres armados, a una cámara de seguridad en la Estación.

Ray Neville partió sin perder tiempo, tomando su pequeña nave monoplaza y partiendo velozmente de la Estación, justo en el momento en que varios impactos eran perceptibles, aunque ahora se producían en la barrera magnética que protegía, como invisible coraza, a Centuria-666, interponiéndose entre ésta y el fuego de los proyectiles teledirigidos desde larga distancia por alguna nave corsaria.

Pronto localizó, allá en la distancia, la forma pesada y poderosa de una *Tritón-B,* nave acorazada de granenvergadura, robada por Warlak en su ataque a Aníbal-2, cuando Klein era el encargado de su defensa. Los haces luminosos de proyectiles teledirigidos, eran visibles partiendo desde sus potentes cañones externos.

Luchar contra aquella mole iba a ser como la repetición a escala del duelo de David y Goliath, pero eso no pareció arredrar a Neville, que movió su pequeña nave hacia el acorazado espacial, tras cubrirse automáticamente con una envoltura protectora e invisible, de naturaleza magnética, sobre la cual se estrellarían los posibles impactos del fuego enemigo cuando fuese avistado.

Así ocurrió. Bajo una lluvia de proyectiles que reventaban a corta distancia de su fuselaje haciéndole vibrar con las violentas sacudidas de los impactos, avanzó en la negra mar espacial, directo como una flecha hacia el enemigo. Parecía una maniobra suicida, que llenó de horror a los ocupantes de la Estación orbital, cuando pudieron seguir la maniobra a través de la pantalla de televisión de a bordo.

Momentos antes, otro proyectil había estallado en Centuria-666, tras salvar la barrera magnética por uno de los escasos puntos vulnerables, y ello había vuelto a provocar la oscuridad total en la misma, salvo en el funcionamiento autónomo de los televisores externos, alimentados mediante baterías independientes del consumo energético general.

Los rostros demudados de los ocupantes de Centuria-666 eran como máscaras azuladas, inclinados hacia las pantallas, donde la imagen de la pequeña nave monoplaza de Ray Neville era visible, lanzada como una flecha suicida hacia el gigantesco *Tritón-B* de los piratas, en cuya proa puntiaguda se veía ahora centellear la calavera luminosa de Warlak, a gran tamaño.

Ya no cabían dudas. Era una nave de los corsarios del espacio. Y Ray iba a enfrentarse, como un pigmeo cósmico, a aquella mole ingente y poderosa, en duelo tan desequilibrado como demencial.

—¡Va a morir! —clamó la voz de Lester Klein, angustiada—. ¡Ese muchacho está rematadamente loco!

Las estrías de luz de los proyectiles del acorazado espacial trazaban su dibujo infernal en torno a la micronave en movimiento constante. Algunas reventaban en estallidos de fosforescencias cegadoras, sobre la protección magnética de la nave de Neville. Otras se perdían en el vacío estelar. Pero las sacudidas violentas de la pequeña nave ponían una nota de terror y sobresalto en los mudos testigos de la escena.

Sin embargo, Ray Neville no estaba loco. Sabía lo que hacía desde un principio. Pese a la pequeñez de su nave, poseía a bordo el arma más temible y devastadora imaginable. De otro modo, nunca el mayor Danvers le hubiera permitido arriesgarse por el espacio, tras el atentado de Warlak, con la sola defensa de aquella pequeña nave. Un arma secreta, no utilizada aún por las fuerzas militares terrestres, viajaba a bordo del vehículo liviano de Ray. Y éste sólo la disparó cuando estuvo totalmente seguro del blanco, bajo la enorme panza metálica del acorazado pirata.

Apretó el botón rojo de sus controles, con el vientre del *Tritón-B* encuadrado en la visual luminosa de su punto de mira graduado y preciso. De debajo del fuselaje surgió algo, al abrirse una compuerta en la nave de Ray.

Era algo sibilante, luminoso, una especie de agujasutil, centelleando en el negro cielo. Como una centella, alcanzó al acorazado en su propio centro, en zona altamente vital, cuando ya Ray se alejaba con su nave a velocidad de vértigo, perseguido por los proyectiles enemigos obstinadamente.

La raya misteriosa de luz móvil hizo blanco. Y ocurrió algo increíble.

Toda ella se encendió, como si se hiciera súbitamente incandescente. Brilló como una enorme masa ígnea en medio del océano en sombras del vacío, y luego se extinguió tan repentinamente como se iluminara.

Donde estaba un poco antes la gigantesca nave, ¡no quedaba nada! Una fuerza pavorosa, una energía destructora, mil veces superior a cualquier arma termonuclear, había terminado con la nave,

hombres, proyectiles, todo en absoluto.

—Cielos… —jadeó Lester Klein, incrédulo, contemplando aquella pavorosa desintegración—. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué clase de arma lleva ese hombre a bordo?

Cuando Ray Neville llegó de regreso a Centuria-666, tras su rápida y brillante victoria sobre la nave pirata, no hubo tiempo ni ocasión de preguntarle por la nueva y destructora arma recién experimentada por vez primera.

Porque en la Estación orbital el crimen y la destrucción habían vuelto a hacer acto de presencia.

Alguien de los servicios de vigilancia había descubierto abierta la puerta de la cámara de alta seguridad donde se encerraron el profesor Arden y el suboficial Ingram, con dos soldados fuertemente armados y la preciosa grabación, así como el módulo fonético.

Penetrando rápidamente en ella, tras dar la alarmageneral, pudo comprobar con horror que ya era demasiado tarde para hacer nada.

Allí yacían sin vida los cuatro hombres, aniquilados por algún arma letal. Y junto a ellos, calcinados, reducidos a la nada, estaban los restos del módulo fonético de Warlak y las grabaciones hechas con todas las voces de los sospechosos de a bordo.

No lejos de la cámara abierta, también fueron hallados los cuerpos del capitán Neil Fraser, de Seguridad, y de Ivy Klein, la hija del subgobernador.

Ambos estaban malheridos, ensangrentados y con señales de haber sido alcanzados por un arma térmica. Pero, de momento, ninguno de los dos había fallecido, pese a su estado de gravedad.

CAPÍTULO VIII

El mayor Danvers miró fijamente a su interlocutor. El silencio, pesado y tenso, parecía planear sobre ambos hombres como un lastre excesivo.

—De modo que has decidido atacar a fondo a Warlak... —susurró Danvers.

—Sí, maldito sea —jadeó Ray Neville, pálido y convulso—. Es ya demasiado, señor. Ahora sé lo que sucedió. Posee algún medio secreto de comunicarse con su gente desde la Estación. Al saber del experimento que iba a realizar, les avisó para que acudieran en el momento preciso, provocando la confusión a bordo. Ese momento fue aprovechado por Warlak en persona para atacar a los que custodiaban tan preciado material, asesinándolos y destruyendo todo lo que podía servir para delatarle.

—¿Por qué tuvo que matarlos tan brutalmente?

—Porque actuó a cara descubierta. Era alguien a quien los encerrados conocían, debió de dar una excusa plausible y le permitieron entrar sin sospechar que daban paso a la propia muerte. Cuando quisieron darse cuenta, era tarde. Warlak les asesinó a sangre fría y destruyó las pruebas. Ahora ya nunca podremos repetir la experiencia, puesto que no tenemos módulo alguno, ni han sobrevivido las grabaciones obtenidas.

—Debió llevárselas consigo en su ataque al acorazado, amigo mío.

—Lo sé, señor. Pero pensé que era más seguro así. Después de todo, yo podía morir en el intento, si la nueva arma fallaba.

—No podía fallar. Era una carga de una energía capaz de disolverlo todo en un instante. El resultado de esa prueba nos ha horrorizado a nosotros mismos, Neville.

—Lo comprendo muy bien. Es demasiado poder destructor para estar en manos de los hombres, señor. Pero no ha servido más que para reducir el poderío de Warlak en el espacio, pero no para acabar con él. Ahora ya no hay duda: es alguien de Centuria-666. Y los sospechosos son ya sólo cuatro: Klein, Quayle, el asesor Kelly... y Sigrid van Ryjk.

—¿Fue Warlak quien atacó a Ivy Klein y al capitán Fraser?

—Sin duda alguna —afirmó Ray sombrío—. No han podido hablar todavía, dada su gravedad, pero mucho me temo que ellos sorprendieron casualmente al agresor cuando pasaban por allí, acaso vigilando la zona en previsión de cualquier riesgo, y no dudó en atacarles, dejándoles por muertos a ambos.

—¿Cree que sobrevivirán, que podrán hablar?

—Lo ignoro, señor. Depende de los médicos. Su estado es serio. Ivy parece la menos grave, pero temo por el capitán Fraser. De cualquier modo, ambos están inconscientes y bajo el efecto de fuertes fármacos, además. No podemos esperar nada, de momento, por bien que vayan las cosas.

—Sí, comprendo —asintió Danvers, ceñudo—. Bien, amigo mío, ahora todos están aquí, en la Tierra, pordecisión propia de usted. ¿Espera así poder dar caza a Warlak de una vez por todas?

—Sí, señor. La Estación Observadora era un buen sitio para Warlak. Veremos si, obligado a permanecer en la Tierra, puede moverse con igual libertad. ¿Vigilan estrechamente a los cuatro?

—Muy estrechamente. Pero sin que ellos lo adviertan. Veremos quién da el previsible paso en falso, amigo mío...

—Sí, veremos —asintió sombríamente Neville. Tras una pausa alzó la cabeza y miró a su interlocutor, cambiando de tema—. Ahora... quisiera ver a Sheena Landis, señor.

* * *

—Hola, Ray.

—Hola, Sheena. Como ves, he vuelto. Y vengo a verte.

—Sí, ya lo veo. Pero tengo entendido que tu amistad con otra mujer es muy profunda.

—¿Con Ivy Klein? Sí, lo admito. Sé lo que sentirás. Lo lamento. No puedo obrar de otro modo. Ahora soy otra persona, lo sabes. Y siento de esta manera. Deja que actúe conforme a mis deseos y voluntad. No es bueno exigir a nadie nada por la fuerza.

—Yo nunca haría eso, Ray —ella se mordió el labio, emocionada y confusa—. Me basta con saber que vives y eres feliz...

—Feliz, no sé. Necesito encontrarme a mí mismo —se tocó la cabeza—. Hay aquí algo que no está claro, que no me pertenece del todo. Es como una piezaque falta para completar algo: mi propia identidad.

—Lo sé, Ray. Por eso no te digo nada. Sólo espero… y tengo fe, nada más.

—De todos modos, sabes que no soy el mismo. ¿Unirías tu vida a un hombre con un brazo y una pierna electrónicos, con prótesis por todo su cuerpo?

—Sólo sé que eres tú, que sigues siendo tú. Tu ser, tu alma, tu persona. Para mí es lo único que cuenta, Ray. Claro que uniría mi vida a ti. Ciegamente.

—Gracias por esa respuesta, Sheena. Intentaré por todos los medios ver claro, saber lo que elijo. Dios quiera que mi lado cibernético no destruya definitivamente lo que en mí haya de humano… Ahora, Sheena, podríamos tomar algo como buenos amigos y…

Se interrumpió. Doc Yordan acababa de entrar en la sala, interrumpiendo su conversación. Su joven amigo venía pálido, demudado.

—Ray, por favor —dijo—. Ven en seguida. Ha habido novedades…

—¿En qué sentido? —se agitó Ray, alarmado.

—Se trata de los heridos que trajeron de Centuria-666…

—¡Dios mío! —se alarmó el joven agente—. ¿Ivy? ¿Le ocurre algo a ella?

—No. Nada malo, Ray. A ella, no. Está en estos precisos momentos fuera de todo peligro… Pero él…, el capitán Fraser…, ha muerto. No pudimos hacer nada por evitarlo. Sus quemaduras y lesiones eran muy graves…

Ray Neville lanzó una sorda imprecación. Sus ojos brillaron, excitados. Apartó a Doc Yordan con energía, sin volver siquiera la cabeza hacia Sheena Landis.

—¡Tengo que ver ahora a Ivy! —manifestó roncamente.

Abandonó la estancia sin añadir más. Doc contempló en silencio a

Sheena, que inclinó la cabeza, con dos lágrimas a punto de escapar de sus húmedos ojos doloridos y tristes.

* * *

Era un atardecer suave y tibio, en un mundo que parecía sorprendentemente tranquilo y bucólico, para la época febril en que se vivía, con constantes viajes al espacio, colonización de planetas y satélites, emplazamiento de estaciones cósmicas y proyectos de más amplias conquistas, rumbo siempre a las estrellas.

Allí abajo, en la Tierra, todo eso parecía distante y remoto, pese a que eran visibles, incluso en pleno día, las formas metálicas de los cuerpos orbitales, girando incansablemente en torno al planeta.

—Es como si nada de todo cuanto ocurre en el espacio exterior fuera real, Ray —suspiró Ivy, caminando despacio hacia la ventana que asomaba a los jardines de su actual residencia en una base militar espacial de la Tierra.

—Pero ocurre, Ivy, no podemos cerrar los ojos a la realidad.

—Lo sé, Ray, lo sé. Y la realidad no es del todo agradable. Warlak no ataca de nuevo, pero sigue oculto ahí, en alguna parte, esperando su momento. Sus víctimas aumentamos de número. Ahora hay que añadir a su sangrienta lista al profesor Arden, al suboficial Ingram, a dos soldados, al pobre Neil… y a mí.

—Por fortuna, tú ya estás convaleciente, casi biendel todo —sonrió Ray, rodeándola con un brazo tiernamente.

—Sí, cariño —ella se volvió. Aún pálida, demacrada y frágil, pero ya con luz en sus hermosísimos ojos color lila—. Vivo para ti. Eso ya es un milagro, después de todo aquel horror…

—Si al menos hubieras podido ver el rostro de Warlak, su figura, sospechar quién podía ser…

—No, no pude. Llevaba una especie de larga capa envolviéndole. Y cuando nos vio a Fraser y a mí en el corredor, llevaba también una máscara sobre el rostro, algo hecho de plástico, no de metal, que cubría enteramente sus facciones. Nos atacó con un arma térmica, sin vacilar. Vi caer a Neil, luego sentí que me herían… y perdí el conocimiento.

—No necesitas repetirme la historia, Ivy. Lo recuerdo bien. Después de eso, Warlak abandonó allí el arma asesina, y debió

despojarse de su disfraz, para seguir representando su papel de costumbre. Por entonces la Estación estaba a oscuras y no era fácil dar con un asesino tan astuto. Olvida ya todo eso. No volveré a mencionarlo, créeme.

—No importa, Ray. Yo lo recuerdo, aunque no hable de ello —se estremeció, apoyándose en él—. Sentémonos, aún me siento débil... ¿Cenamos, querido?

—Sí, desde luego. Para eso me has invitado —sonrió Neville, ayudándola a acomodarse frente a él, ante la mesa puesta, y ocupando él mismo su asiento después—. Y aprovechando la cena... te diré algo que hasta hoy no estuve seguro de querer decir.

—¿Qué es ello, cariño? —susurró ella.

—Después —dijo él—. Cuando terminemos de cenar te lo diré, Ivy.

—Me tendrás en ascuas toda la noche —suspiró lajoven, iniciando la cena, mientras allá fuera la noche se iba tornando de un azul oscuro y frío.

A los postres, tras tomar una última copa de vino, Ivy miró fijamente a su invitado de aquella noche. Preguntó con voz suave:

—Y ahora..., ¿de qué querías hablarme, Ray? Estoy esperando tus palabras.

—Es muy simple. He estado vacilando entre dos sentimientos. Ahora estoy seguro de uno de ellos: te quiero.

—¡Ray!

—Es la verdad —sonrió él—. Te amo, Ivy. Deseo ser el compañero de tu vida...

—¡Oh, Ray, Ray, qué feliz me haces en este momento! —los ojos de ella se humedecieron—. No sabes lo que he esperado para oír estas palabras algún día... Ray, vida mía...

Se incorporó, fue hacia él. Ray la miró y se encontraron en mitad del camino, abrazándose, uniendo sus bocas largamente. Después, insensiblemente, ella le arrastró hacia la alcoba, susurrando mientras gemía bajo sus besos y caricias:

—Ray, te necesito... Ray, deseo ser tuya... Siempre tuya...

Momentos después, su gran deseo se cumplía. Ya era de Ray Neville en cuerpo y alma…

CAPÍTULO IX

Despertó Neville.

Bruscamente, sintiendo una especie de mareo, una sensación de frialdad en sus miembros aún intactos, una rara sequedad en su estómago.

Miró a su lado. La cama estaba vacía. El cuerpo de Ivy había dejado junto al suyo la señal de las sábanas. Se incorporó despacio, dominado por un vahído extraño. Caminó lentamente, hasta recuperar la firmeza. Notó una convulsión estomacal, pero nada más. El corazón le latía con fuerza.

Asomó a la otra cámara. Ivy estaba allí erguida, envuelta en un tul que apenas si velaba su desnudez espléndida y majestuosa. La voz de ella sonaba en un susurro ronco. Tenía ante sí un extraño reloj de pulsera, bajo cuya esfera alzada era visible una especie de micrófono y diminuta pantalla de televisión.

Ivy estaba pronunciando palabras reveladoras en ese momento a través del raro adminículo electrónico:

—...Es lo que deberéis hacer de inmediato, Zirga. Tú, como lugarteniente mío, ocupa mi puesto durante algunos días. Cuando me recupere, me reuniré con vosotros. Vuestra primera acción será asaltar una nave regular entre la Luna y Marte. Llevará a bordo una carga de material bélico y unos recipientes de nuevaenergía. Nos hará falta todo eso. Exterminad a la tripulación totalmente. Que sepan todos lo que puede hacer Warlak, el temido. No te preocupes más por Ray Neville. Ya no existe. Acabo de asesinarle sin que él llegase a sospechar nada de mí...

Ray sonrió dura, fríamente. Alzó su mano, armada de una pistola de rayos ultraláser. Y habló con voz glacial a la mujer hermosa que había sido suya poco antes, y que ahora le ofrecía la espalda:

—Termina tu charla, Warlak. Como ves, aún estoy vivo...

* * *

—¡Ray! —ella se volvió lívida, mirándole con ojos dilatados por el horror—. Ray, ¿qué significa esto? No es posible... Yo..., yo te envenené con la carne... Tu café... estaba lleno de veneno mortífero...

Y yo no probé el café, ¿recuerdas?

—No importa. Yo lo apuré todo —rio Neville sordamente—. Y ya ves, estoy vivo.

—¿Cómo…, cómo pudiste…? Eso no es normal, no es humano…

—Es que yo no soy totalmente humano, Ivy. Soy una mezcla de hombre y robot, un androide a medias… Un cibernauta creado en un laboratorio, a partir de un cadáver, ¿comprendes?

—¿Entonces, la primera vez…?

—Sí. La primera vez pudiste matarme. Pero volví de la muerte gracias a la biomedicina y la biocibernética. Y ahora, Ivy, desgraciadamente para ti y para tu otra personalidad del siniestro Warlak…, el veneno nada puede con mi organismo, mi estómago artificial, con prótesis de materias plásticas, disuelve y anula todo tóxico ingerido.

—Maldito seas… Has vencido, después de todo… —los ojos color violeta llamearon ahora, con una expresión demoníaca, muy distinta a la suya habitual—. ¿Cómo has sabido que yo era Warlak?

—Porque lo recordé al fin, Ivy.

—¿Cuándo?

—En el momento de morir Fraser. Era raro que él muriese y tú sobrevivieras, habiendo sido atacados a la vez por Warlak. Imaginé si sería otra la historia. Si tú no dispararías sobre Fraser, después de hacerlo sobre todos los demás, y luego te herirías a ti misma, para tener una excelente coartada. Fraser te sorprendió saliendo de la cámara donde habías asesinado a cuatro personas y destruido las pruebas… y tuviste que matarle, aunque a punto estuviste de fracasar al sobrevivir Fraser un tiempo, si bien no el suficiente para revelar la verdad de los hechos, por fortuna para ti una vez más. Entonces recordé, sí. Y te vi a ti, a ti, la dulce y amante Ivy, disparando sobre mí con un gesto cruel, maligno, despiadado…

—Sí, Ray, ahora ya lo sabes. Yo soy Warlak, aunque nadie lo imagina. Por eso necesitaba un módulo para que nadie descubriera mi voz de mujer bajo la máscara… Pero no te mentí en algo. Te amo. Me gustas, me vuelves loca. Hoy logré mi sueño anhelado: hacerte mío. Pero te temía demasiado. Cualquier día podías recordar, como ha sido así. O descubrir mi secreto. Te amaba, pero tenía que destruirte. Por eso te hice mío esta noche… y te envenené a la vez. Posesión y

muerte, todo en uno. No podía hacer otra cosa, Ray.

—Lo sé. Imaginaba algo así cuando acudí esta noche a verte.

—De modo que tu amor por mí fue sólo ficción… —musitó ella.

—No del todo. Me gustabas, Ivy. Eres hermosa. Pero al recordar, la verdad se abrió paso totalmente en mi cerebro. Recordé también que amo a otra mujer, a Sheena Landis. Y que será ella quien se una a mí un día, no tardando mucho. Y para toda la vida.

—Entiendo. ¿Qué vas a hacer ahora conmigo, Ray? ¿Matarme?

—Si me obligas, sí. Espero que te entregues sin lucha y pagues tus culpas ante la Justicia. No deseo hacerte daño por ser Ivy. Pero no dudaré en matar a Warlak.

—No tienes por qué hacerlo —sonrió ella, extraña—. Adiós, Ray. Adiós para siempre, querido.

—¡Ivy! —gritó, avanzando decidido, al comprender demasiado tarde.

No podía hacer ya nada. Ivy era muy rápida en sus decisiones. Y ésta debía tenerla ya a punto desde hacía mucho tiempo, por si llegaba la ocasión.

Sus labios se cubrieron de espuma verdosa. Se tornó lívida, sus ojos opacos. Exhaló un gemido sordo, de dolor. Una convulsión crispó su faz. Cayó de bruces.

Cuando Ray se agachó junto a ella, estaba muerta ya. El veneno de su boca, en alguna cápsula oculta, era activo, fulminante. Sin remedio.

—Adiós, Ivy… Adiós para siempre, Warlak… —susurró roncamente Neville, poniéndose en pie. Y se dirigió a informar de lo ocurrido. Y a ver a Sheena después…

FIN

[1]***Rainbow***, en inglés, significa «arco iris», de ahí la circunstancia.